

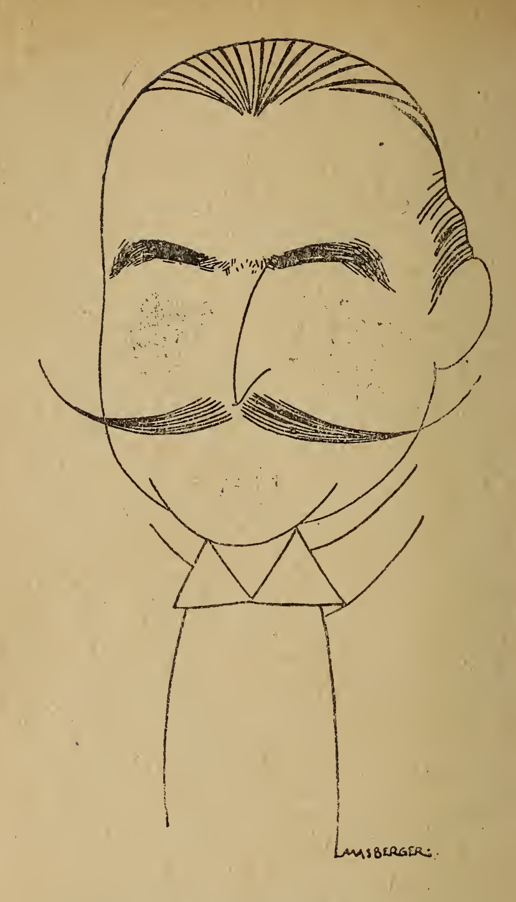
PEDRO MUÑOZ SECA

USTED ES ORTIZ!

CARICATURA SUPERREALISTA EN TRES ACTOS

50 CÉNTIMOS

¡USTED ES ORTIZ!



DON PEDRO MUÑOZ SECA

PEDRO MUÑOZ SECA

Usted es Ortiz!

CARICATURA SUPERREALISTA, EN TRES ACTOS

Estrenada en el teatro de la Comedia, de Madrid,
el día 9 de septiembre de 1927.



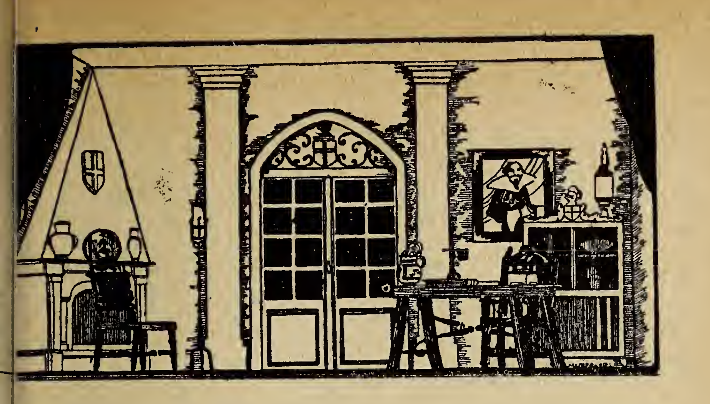
LA FARSA

ÑO II ⊞ 10 DE MARZO DE 1928 ⊞ NUM. 27

MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CASTA	María Mayor.
PRODOSIA	Eloísa Muro.
VALENTINA	Ana Siria.
CELCINA	Mercedes M. Sampedro.
EVERILDA	Pura F. Villegas.
EULOGIA	Pilar Gómez Ferrer.
FLORA	Rosario Carmona.
AMARANTO	Casimiro Ortas.
MARIANO	Pedro Zorrilla.
JUAN	Eduardo Pedrote.
ATENEO	Antonio Riquelme.
PULIDO	Julio F. Alyman.
AMILCAR	Mariano Azaña.
CEFERINO	Luis Manzano.
CASADO	Andrés Tobías.
FRAILE	Luis Lozano.



ACTO PRIMERO

gran salón en el castillo de Ortiz de Crochino, vetusta mansión, ˌsi feudal, situada en las cercanías de Valtablado de Beteta, pueblecito de la provincia de Cuenca.

en este salón una monumental y artística chimenea en el ángulo la derecha, un balcón en el foro, dos puertas en el lateral izuierda y otra, la de entrada, en la derecha, primer término. Los uebles, magníficos, han conocido la florida época del renacimiento y s tapices y las alfombras y cuanto hay en la estancia, y habrá ucho y bueno, ostenta la pátina de los siglos. Hay una vitrina con banicos y objetos de arte y dos cuadros del siglo XVI, escuela italiaa, ricamente enmarcados. Son las once y media de la noche del día l de diciembre de 1926. Una mala noche, porque unas veces llueve truena y otras nieva y ventea furiosamente.

Al levantarse el telón la escena está a oscuras. Se escucha zumbido del viento. Por la cristalera del balcón penetra la a luz de un relámpago. Un trueno y en seguida se oye denla voz de JUAN CERRO.*)*

UAN. *(Dentro.)*—¡Ensienda usté, mardita sea er bicarboo!

VERILDA. *(Dentro.)*—¡Espere usted, cristiano!... *(Entra* ERILDA *en escena por la puerta de la derecha y da vueltas na llave de luz que hay cercana. Golpe a golpe se van encenndo las bombillas de una gran araña que pende del centro artesonado. Queda la escena intensamente alumbrada.* EVEDA, *ama de llaves de la familia Ortiz, mujer de cincuenta*

años, trae dos saquitos de mano y viene muy abrigada, por acaba de hacer un viaje en automóvil con JUAN CERRO, *e. cie de mayordomo, y con* EULOGIA, *cocinera de la casa, mi joven y algo asustadiza.)*

EULOGIA. *(Entrando con una cesta, en la que se supone. hay viandas y cacharros.)*—¡Jesús qué noche!

JUAN. *(Entrando con dos maletas, que no suelta, y con abrigo que le está grande.)*—¡¡¡Mardita sea el invierno, y lluvia, y la nieve, y la provincia de Madrí, y la de Cue y la hora en que yo salí de Puerto Reá, que aquel día de ron abrírseme a mí las diez yemas de los diez deos de pies!!!

EVERILDA.—Cuando acabe usted de desahogarse ponga a las dos maletas.

JUAN. *(Que, como se habrá visto, es uno de esos andali renegantes que maldicen con los dientes apretados para las palabras tarden más en salir y la maldición sea más ga.)*—¿De desahogarme? ¡Vamos, señora!... Pa resoplá y lo quemao que estoy nesesito dos meses. *(Dejando las m tas en el sitio que indicó Everilda y estirando los braz* ¡Mardita sean las hipotenusas de los triángulos! ¿Pero quieren ustede desí a qué venimos aquí el 31 de disiemb con el tiempesito que hase, que mardita sea la nieve y el mero que hiso horchatas en el mundo?

EULOGIA. *(Cerrando la puerta de la derecha pegando ti nes.)*—¡Entra un aire más frío!...

EVERILDA.—Ahora subirán leña para encender esta chime

EULOGIA.—Yo creo que a la señorita le falta un tornill

JUAN.—Un tornillo, la tuerca y la redondelita esa qu ponen pa apretá bien. Hay que ve er caprichito de vení a c las uvas a este castillo. ¡Permita Dió que se atragante!

EVERILDA.—¿Pero qué uvas ni qué rábanos, hombre de D ¿Cree usted que venimos aquí de monsergas? ¿No se acu usted de que hace hoy dos años que murió en este castillo Potentino Ortiz, el marido de la señora?

JUAN.—¡Mardita sea mi cara, que es verdá!

EULOGIA. *(Escamada.)*—¿Murió aquí?...

JUAN.—Y en este sillón. *(Eulogia se separa del sillón.)* rece que lo estoy viendo. ¡Tan ético y tan simpático! Cl la viuda querrá haserle mañana temprano algún funerá y rrá que asistan a él alguna de las personas que estába aquí cuando "caeció" el fallesimiento.

EULOGIA.—A mí me encargó que trajera desayuno c para diez.

JUAN.—Pos diez vamos a sé. Mi número. ¡Me...!

EVERILDA.—¿Va usted a empezar de nuevo?

JUAN.—Señora, si no estoy aquí a gusto y tengo mis razones. A mí toas estas casas antiguas con yedra y lagartijas por fuera y arañas gordas y murciélagos por dentro, me... me... *(Un relámpago.)* ¡Me caigo en la lertrisida y en los "reóforos" de los polos negativos!

EULOGIA.—¡Por Dios, Juan Cerro!

JUAN.—Señora, si estoy ya de relámpagos que me salen los ampéres y los kilowatios eléctricos por los glóbulos de las orejas. ¡Josú, qué tiempesito!... Además, que yo sé que en este castillo suseden unas cosas muy raras y...

EULOGIA.—¡Ay, no me asuste usted!... ¿Es verdad eso, Everilda?

EVERILDA.—Por lo menos la noche que murió el señor...

JUAN.—No me recuerde usté aquella noche, Everilda, que me se ponen los pelos como garrochas. ¡También había un tormentaso!... ¡Josú! ¡Lo de veses que s'apagaron las luses!

EVERILDA.—¡Qué susto!

JUAN.—Cayó un rayo en la capilla y... ¡qué cosa tan rara! La grieta que dejó en la paré tenía justo, justo el perfí del muribundo. *(Tiembla Eulogia.)* Allí está que puede verse.

EULOGIA.—¿Es de veras, Everilda?

EVERILDA.—Sí, hija mía, sí. Y lo del espejo fué mucho peor. Al mismo tiempo que don Potentino dejaba de existir, se cayó un espejo que había en ese testero...

JUAN. *(Con asco.)*—Eso no lo sabía yo.

EVERILDA.—Se hizo trizas...

JUAN. *(Haciendo con los dedos "lagarto, lagarto".)*—¡Mire usté qué guaza!

EVERILDA.—Y el pedazo que quedó pegado al marco era también exacta, exacta, la cara del señorito. Un dibujante no lo hubiera recortado mejor. En ese mueble lo tiene guardado la señora.

JUAN. *(Separándose del mueble.)*—¡Qué malísima pata tiene eso!

EVERILDA.—Además, todos vimos el alma del señor.

EULOGIA. *(Asustadísima.)*—¡Ay, Everilda!

JUAN. *(Idem.)*—¿En el espejo?

EVERILDA.—No, hombre. Es que en aquel momento hubo un apagón a resultas de un trueno muy grande, y vimos cómo se abría esa puerta y aparecía una luz... *(Suena un trueno y queda la escena a oscuras.)*

EULOGIA.—¡¡Ay!!

EVERILDA.—¡Jesús!

JUAN.—¡Chavó!

EULOGIA.—¡Dios mío! *(Tiemblan.)*

EVERILDA.—Uúúúúna cerilla...

JUAN.—Dóóóónde tengo yo er mecherito... *(Saca un mechero e intenta encenderlo infructuosamente.)* ¡Mardita sea er tangolio y er petrolio y er monopolio... *(Los tres ahogan un grito al ver que se abre la puerta de la derecha y asoma una luz.)*

CASADO. *(Hombre del pueblo con un farol y un poco de leña fina.)*—Aquí estoy yo con la leña. Con la venia de tós. Buenas noches otra vez y mandarme.

JUAN.—(Te daba yo a ti una de leña, mardita sea san serení der monte y su padre!...)

CASADO.—Segundo apagón que tenemos esta noche. No sé qué pasará. *(Manipula en la chimenea.)*

JUAN.—¿Qué quiere usté que pase, hombre? Que con los truenos "tripitan" los cables, "recurpete" en la "dignamo", allá, aonde sarta el agua de los sartos, se carcujan las "tumbinas" y las bombinas se descargan.

CASADO.—¿Es usted ingeniero?

JUAN.—No hace farta sé ingeniero pa sabé eso que es "lementá".

CASADO.—Encenderé aquí, con el premiso, usté lo tiene y mandá. Está tó dispuesto. No hay más que arrimal las verutas y ya está. *(Se dispone a encender.)*

JUAN.—¡Verutas! ¡Esta gente que no sabe ni hablá!... *(A Everilda.)* ¿Quién es?

EVERILDA.—Es Casado.

JUAN.—Le pregunto a usté que quién es.

EVERILDA.—Casado, hombre: el alguacil de Valtablado de Beteta, que es el que tiene las llaves de la casa y el encargado de cuidar el parque...

JUAN.—Pues este Casado es un tío ca... mueso, que nos ha dao un susto que a mí se m'ha quedao la ropa grande. *(Nuevo relámpago, seguido de un trueno lejano.)*

CASADO.—¡Mala velá!... Y con la famita que tiene este castillo cuando soplan los "lucaranes". *(Enciende la chimenea.)* Yo me he determinao a entral porque estabais ustés, que si no, iba o entral aquí el "Pronuncio" de Su Santidá.

JUAN.—(¡Qué bruto!)

CASADO.—Ni que me dieran tó el oro del Pontosí... Yo sé que este castillo tiene eso que le dicen "jeta", y yo con la jeta no quiero gromas. Por eso está tó unas miajas descuidiao. Dende que murió, ya va pa seis meses, la Geroncia, que era la encargá del cudio... En esa butaca murió; ¡Dios la haya

donao!, de salú sirva, amén. *(Juan y Eulogia se separan la butaca.)* La pobrecilla en vísperas de casarse...

VERILDA. *(Extrañada.)*—¿Eh? ¿Pero iba a casarse?...

ASADO.—Con uno de ahí, de Cuenca. Muy simpático que el "cuencuense". Toas las noches venía a acompañarla, que a ella le daba mucho miedo el estal aquí sola de no-, sobre to a estas horas: de once a una, que es cuando se las apariciones.

ULOGIA. *(Temblando.)*—¡Ay, Everilda!...

ASADO.—Ella consultó a la señora, la señora le dió el "co- timiento" y mire usté qué sombra...

ULOGIA.—¡Ay!...

UAN.—¡Dónde!

ASADO.—Quiero decir, que mire usté qué mala pata; mien- s que él se fué a arreglal los papeles, cogió ella la gripe . al callejón los toreros. ¡Lástima de mujé! Ya lo sentiría señora, ya. Porque la señora no tenía secretos pa ella, y la dejó aquí fué, según decían, por cosas de los espíritus, vaya usté a sabel. ¡El susto que yo pasé el día que le- ron tierra! Estábamos aquí, asina, como ahora, cuasi a os- as, y de pronto vino una luz... *(Se enciende súbitamente la , Juan, Everilda y Eulogia ahogan un grito de espanto y dan luego tranquilos.)* ¡Menos mal! Ya tenemos la luz a vez.

JUAN.—Mardita sean los corales de la má, que hasta sarpu- tengo ya de tantísimo susto. ¡Haga usté er favó de ca- rse, hombre!

EULOGIA. *(Temblando.)*—¿Y es verdad que de once a una y apariciones?

CASADO.—Sí, señora. Y ahora más, porque ahora dicen que aparece también el difunto don Potentino. Pero, vamos, el aquí se ha aparecío siempre, que yo lo he visto, ha sido fraile: Fray Pompilio, uno que, según las romanzas, robó una castellana, allá en los "lino tiempore", cuando había tellanas. Porque este castillo es más antiguo que el comé.

JUAN.—¡Ya lo creo; eso lo sabe tó er mundo! Ahí, a la en- da, hay una lápida en el "pértigo" con una "suscrición", un año, que ya ven ustedes si sería antiguo el año, que toa- no se habían inventao los número: allí se pué leé: año uis, ele, eme, y qué sé yo. ¡De los tiempos de Soponcio Pi- o! Porque este castillo fué de los "ebéricos", cuando los ntagineses. Aluego, cuando la invasión "sarasena" de los abes, lo conquistó un "gemir" muy valiente que era Arde- amán de Córdoba y que se llamaba "Arcanfó", y a este

Arcanfó se lo conquistó un antipasao de mi amo que se l
maba don Gaitero de la Serda.

CASADO. *(Boquiabierto.)*—¡Lo que sabe usté!

JUAN. *(Muy satisfecho.)*—Hombre, oigo hablá a mi a
que es un hombre de un "saber foire" muy grandísimo; vi
por ahí con él, y aunque uno no quiera, siempre se le peg
uno arguna cosa. *(Suena dentro un claxo.)*

EVERILDA.—Un automóvil.

EULOGIA.—¿Será la señora?

EVERILDA.—Abra usted, Casado.

CASADO.—Abriré y dejaré abierto, porque yo me tengo
ir. A las doce hay misa de fin de año en la iglesia del pueb
y yo tengo que ayudala. Mañana vendré a prima hora, por
hace falta alguna cosa. Buenas noches nos dé Dios.

EVERILDA.—Buenas noches, Casado.

EULOGIA.—Buenas noches.

JUAN.—Adiós, hombre. *(Se va Casado por la derecha, l
vándose el farol.)*

EVERILDA.—Lleve usted todas esas cosas a la cocina, Eulog

EULOGIA. *(Miedosísima.)*—Yo no sé dónde está la coci
ni yo voy sola a la cocina, aunque esté ahí al lado. Eso de l
apariciones me... me...

JUAN.—Pero, mujer, ¿va usté a hasé caso de ese infelí? ¡Q
aparisiones ni qué tonterías! ¡Ese Casado es tonto! Ya
usté si será tonto que es Casado desde que nasió.

EVERILDA.—Acompáñela usted, Juan.

JUAN.—¿Yo? ¿Pero es que voy yo a sé carabina de cosi
ras? Vaya usté con ella, que es su obligasión de usté,
ya está.

EVERILDA. *(Muy contrariada.)*—Venga usted por aquí. l
encendiendo...

EULOGIA.—¡Ay, sí! Yo en esta casa y a oscuras, ni a cog
monedas de cinco duros.

EVERILDA. *(Haciendo mutis por la primera puerta de la
quieda.)*—Sígame usted. *(Vase.)*

EULOGIA. *(Haciendo mutis tras ella, llevándose la cesta
las viandas, que le suenan, de lo temblorosa que va.)*—¡D
quiera que a mí no me dé algo!... *(Mutis.)*

JUAN. *(Escamado.)*—Tampoco me hace a mí ninguna gra
el quedarme aquí solo. *(Se dirige a la puerta de la derecha
grita hacia el lateral.)* ¡Aquí hay lumbre!... (¡Asuca!... Do
Valentina Selama y el asaura de su niño!)

VALENTINA. *(Señora de buen ver y muy elegante, entran
por la derecha con AMILCAR, su hijo, pollo de veinte años,

solutamente aperado y achanchullado.)—¡Por Dios, Amílcar!... ¡Si pareces tonto! Buenas noches, Juan Cerro.

JUAN.—Buenas noches, doña Valentina y la compaña.

AMILCAR. *(Soplándose los dedos de la mano derecha, abrigándoselos en el sobaco contrario y haciendo todo género de contracciones y aspavientos de dolor.)*—¡Uf!... ¡Uf!...

JUAN.—¿Qué le ha pasao al señorito Amílcar?

VALENTINA.—Que se ha cogido los dedos con la portezuela del Citroën. ¿A ver, hombre? ¿Ha sido en las yemas?

AMILCAR.—¡En las yemas! ¡Uf!

VALENTINA.—¡No te las chupes!

JUAN.—¿Pero cómo ha sido?

VALENTINA.—De la manera más tonta. Al bajar del coche me preguntó que cómo se llamaba ese convento que hay ahí cerca; yo le dije que San Leandro, y en ese momento cerré distraída y le cogí las yemas. Anda, anda, ponte ahí alguna cosa. ¿Hay alguien en la cocina?

JUAN.—El ama de llaves y la cocinera.

VALENTINA.—Ve y que te apliquen algo que te alivie el dolor. Un poco de alcohol o un poco de vinagre... Anda, ya conoces el camino.

AMILCAR.—¡Uf!... ¡Si no fuera usted mi madre; malhaya sea toda mi familia!...

VALENTINA.—¡Amílcar!...

AMILCAR.—¡Uf!... *(Mutis por la izquierda, primer término.)*

VALENTINA.—¡El pobre!... ¡Tiene una desgracia!... Raro es el día que no le ocurre algo desagradable.

JUAN.—Y aluego la nochesita, que está muy guasona.

VALENTINA.—Y a propósito, ¿usted sabe a lo que venimos aquí?

JUAN.—No, señora. Y me extraña que la haigan convidao a usté no siendo de la familia.

VALENTINA.—A mí me lo indicó por teléfono don Mariano, y como sus indicaciones son órdenes para mí...

JUAN.—Ya sé que a usté don Mariano...

VALENTINA.—Termine la frase: me gusta, ¿verdad? Pues bien, sí: me gusta y me conviene; y si yo pudiera... y alguien me ayudara... Ya usted me entiende. ¡Estoy tan sola!... La administración de mi fortuna me da tanto que hacer... Por eso aspiro a... Voy a hablarle a usted francamente, Juan Cerro: yo quisiera aliarme con usted.

JUAN. *(Que ha entendido mal: muy digno.)*—No olvide usté, señora, que soy casado...

VALENTINA.—No me ha entendido usted, por lo visto. He dicho aliarme con a, y no liarme con ele.

JUAN.—Usté perdone. Como está uno acostumbrao a castigá...

VALENTINA.—Yo sé que don Mariano no echa nunca en saco roto lo que usted le dice; y si usted le habla bien de mí...

JUAN.—Con muchísimo gusto, señora. Usté es una persona que ha sido siempre muy fina conmigo, y yo me precio tanto de una finura y de un cumplido como de los quince o veinte mil duros que vaya usté a darme cuando consiga su propósito. Ahora que yo, la verdá, vivía en el Limbo; porque yo creía que usté le aguantaba la perma a toa la familia, porque quería usté casá a su hijo con la sobrina de don Mariano.

VALENTINA.—Aspiro a las dos cosas.

JUAN.—Me parese demasiado pároli, doña Valentina.

VALENTINA.—Tiene usted razón. Además, que la chica creo que está algo interesada por Pulido, el antiguo secretario de su padre y hoy administrador de la casa.

JUAN.—Eso como si no. Pulido no es capaz de manifestarse con la niña, porque sabe que ese día le ponen la cuenta en la mano, y con madre y siete hermanos a su cargo, no va a jugarse el destino y a buscarse una ruina.

VALENTINA.—Lo mismo creo.

JUAN.—Nada; yo le ayudaré a usté en las dos cosas, y en lo que toca a don Mariano, lo veo yo eso con muy buenos ojos. Le hase farta a mi amo cambiá de vida. Porque antes, mal que bien, se divertía arguna cosa; pero desde que murió su hermano don Potentino, está de un "postrasismo" que no hay quien le aguante. ¡Y es que quería a su hermano de una manera! No se consuela el hombre. Yo creo que es ya una manía. Y las noches de tormenta se pone... ¡Josú! *(Suena dentro un claxo.)* Ahí está ya. Ese es el Cadillac grande.

VALENTINA. *(Suplicante.)*—¡Juan Cerro!...

JUAN.—Señora, usté se casa con don Mariano Ortiz de Crochino, o pierdo yo el nombre que llevo, que le tengo mucho cariño, porque es lo único que heredé de mi padre. En cuanto a lo del niño, si él pone argo de su parte... Hombre, dígale usté que se deje er bigote a ve si se arregla arguna cosa. Parese mentira que siendo usté como es y habiendo sido su padre tan buen moso... *(Suspira Valentina.)* Porque yo he visto el retrato que tienen ustede de él...

VALENTINA.—¡Las cosas!

JUAN.—Claro, a lo mejó sale a un tío suyo... ¿eh?

VALENTINA. *(Muy seria.)*—¿Quién le ha dicho? *(Rumor de voces dentro.)*

JUAN.—¡El!

VALENTINA. *(Alarmadísima.)*—¡Cómo! ¿El sabe?...

JUAN.—Digo que aquí está él.

VALENTINA. *(Tranquilizándose.)*—¡Ah!

JUAN.—Anda, y viene con don Ceferino, ese que disen que pretende a la viuda de su hermano. Si él supiera eso, lo estrangulaba. *(Entran en escena, por la derecha,* MARIANO *y* CEFERINO, *los dos muy enlutados. Mariano es un señorón de más de cincuenta años, algo feo y con el pelo crespo. Ceferino, que frisa también en los cincuenta, es un caballero enteco, con gafas de concha. Mariano, que está muy nervioso, acciona exageradamente.)*

MARIANO. *(Entrando.)*—¡No, Ceferino, no!...

CEFERINO. *(Idem.)*—Atiende a razones, porque no me has entendido.

MARIANO.—Porque entiendo no atiendo. Buenas noches, Valentina. *(Estrechándole la mano efusivamente y un poco conmovido.)* ¡Qué amable!...

VALENTINA.—¡Por Dios, amigo Ortiz!

MARIANO. *(Como alucinado.)* ¡Ya estoy en lo que para mí es un templo! Aquí murió mi hermano; aquel cerebro cumbre que supo con su talento conseguir la inmortalidad!... *(Llamando y asustando un poco a todos.)* ¡Hermano!... ¡Potentino!... ¿Me oyes? *(Por un sillón.)* ¡Aquí exhalaste el último suspiro!... *(Acaricia el sillón.)* ¡Tu última mirada fué para este tabique!... *(Acaricia la pared de la derecha, como si quisiera gatear por ella.)*

CEFERINO.—¡Vamos, Mariano!

VALENTINA.—¡Por Dios!

MARIANO. *(Tranquilizándose un poco.)*—Tienen ustedes razón: me dejo llevar y... Dispensadme. ¿Ustedes no se conocen? *(Presentando llorosamente.)* Valentina de Selama... Ceferino Bolado.

VALENTINA. *(Alargándole la mano.)*—¡Toma!, ya decía yo... Fué usted el médico que asistió al pobre Potentino en sus últimos días...

CEFERINO.—En efecto, señora.

VALENTINA.—A todos nos admiró su ciencia y su admirable comportamiento.

CEFERINO.—Potentino era para mí como un hermano, señora.

MARIANO. *(Abrazándole.)*—Y eso eres tú para mí desde entonces, Ceferino: un hermano. Porque para mí, y no sé si es mía esta frase, los hermanos de mis hermanos son mis hermanos. *(Conmovido.)* ¡Gracias!

CEFERINO.—Eres un niño, Mariano.

MARIANO.—Sí, lo comprendo; pero siempre que hablo de

Potentino... *(Secándose una lágrima.)* Como él lo fué todo para mí... Porque lo fué todo: amigo, compañero, hermano, padre, socio... ¡Y qué socio!... Diez mil duros tenía yo cuando entramos en sociedad, y a los once años rebasaba yo el millón y él lograba reunir esa fortuna de fábula samaniega que ha legado a sus deudos.

CEFERINO. *(Encandilado.)*—¡Qué hombre! ¡Qué talento!

MARIANO. *(Excitándose por momentos.)*—¡Y que se haya eclipsado aquella luz! ¡No! ¡No es posible!... ¡No puedo creerlo!... *(Llamando.)* ¡Potentino!... ¡¡Potentino!!...

CEFERINO.—¡Y dale, Mariano!

VALENTINA.—¡Por la Virgen Santa!

JUAN.—¡Dejarle, dejarle!... El desahoga así su temperamento. El tiene que hasé cosas que no hasen los demás, porque pa eso está él por ensima de los demás. ¡Qué dos hermanos! Porque el que se llevó la tierra era un talento, pero el que nos ha quedao...

MARIANO. *(Complacido.)*—Sí, sí, Juan; tengo talento, pero no compares. ¿Cuándo he inventado yo nada de provecho? ¡En cambio él!... ¡Qué invento el suyo!... ¡Y que se haya llevado a la tumba el secreto!... Porque ahí está el aparato en la azotea, que nadie lo sabe manejar.

VALENTINA.—He oído decir que era un aparato con el que hacía llover cuando quería, ¿no?

MARIANO.—Sí: el pluvi-Desiderio. De pluvi, lluvia y Desiderio.

CEFERINO.—Desiderio es deseo, ¿verdad?

MARIANO.—Desiderio es un tío nuestro que tuvo, en embrión, la idea de hacer llover. ¡Qué invento tan grande! *(Conmovido.)* Decía que la Virgen de la Cueva del Segrí se lo había inspirado.. Es un gran tambor con pilas supremas y espéculas radiantes de láminas falancásidas y acumuladores heliales muy vernicados, y de tal potencia absorbente, que al abrirse los sépalos y ponerlos en contacto con el aire, producen una depresión atmosférica tan grande, que las nubes que haya en un radio de cuarenta kilómetros acuden presurosas, y mientras los sépalos permanecen abiertos, descargan, y llueve suave o fuertemente, según la graduación del gotómetro.

VALENTINA.—¡Qué lindo!

MARIANO.—¡Algo inconcebible, amiga mía! En nuestras granjas y en nuestros cortijos llovía todas las noches de once a dos. Cogíamos cuatro cosechas al año. Y del tamaño de los frutos no hablemos. Obtuvimos algunos ejemplares sor-

ndentes. Con medio hueso de albaricoque tengo yo hecho salacof.

VALENTINA.—¡Qué espanto!

MARIANO.—¡Era mucho Potentino! El cariñazo que le ten en San Sebastián... Porque mientras él fué allí empreio de toros, no llovió en ninguna corrida. Se llevaba el arato a Zumaya, que está a treinta y tantos kilómetros, oducía la depresión, acudían las nubes, y mientras en San bastián quedaba una tarde espléndida, en Zumaya caían es chaparrones, que Zuloaga tenía que salir de su casa zancos. ¡Pobre hermano mío! ¡Lo que me quería! Cuanyo fuí en Madrid empresario del Circo y del Infanta Beaz, me regalaba todos los días festivos una ligera llovizna, e persistía hasta que colocábamos el cartel de "no hay etes". Hubo domingo que hice quince mil pesetas. ¡Qué ento y qué corazón de hombre! Los últimos inventos que ía entre manos eran verdaderamente portentosos: una quina para que pudieran escribir los analfabetos y la agutraductora, lo que él llamaba la "Berliz-pua": una aguja e se ponía en el gramófono, y si el disco estaba en fran-, te lo traducía al castellano.

CEFERINO.—¡Qué maravilla!

VALENTINA.—Razón tiene usted para llorarlo de ese modo.

MARIANO.—Y para sentirlo más que nadie: porque yo lo sentido más que nadie. Más que su hija, que hace año y dio hasta sale a la calle como si tal cosa; y más que su ıda, que días pasados, contemplando una viñeta de Xaudase permitió sonreír. ¡¡Y eso no!! *(Cada vez más furioso.)* No!!... Una viuda no puede volver a sonreír nunca. ¡Nun! ¡Qué talento el de esos pueblos que queman a las mujeres ando muere el marido!

CEFERINO.—Repara, Mariano, que hay una viuda delante...

JUAN. *(Rápidamente.)*—No importa: doña Valentina es la misma opinión. No hase sinco minutos me desía a mí n las lágrimas sartá: "Si yo me hubiera casao con un nio como don Potentino o como don Mariano, que no sé ál de los dos vale más, al quedarme viuda me hubiera ctao la "yogulá", disiendo: "Campana sin campanero, no quiero; purvis eris, purvis vesteri; esto nadie me lo aféé, er que venga atrás que arrée".

VALENTINA. *(Suspirando.)*—Es verdad. ¡Ay, Mariano!...

MARIANO. *(Afectado, estrechándole la mano.)*—¡Valentina: empre fué usted una mujer de gran equilibrio! Por algo usted mi amiga predilecta.

VALENTINA.—¡Gracias, Ortiz! *(Se oye hablar a Amíl dentro.)* ¿Eh?...

AMILCAR. *(Por la izquierda, primer término, con dos d vendados y hablando hacia el interior del lateral.)*—U perdone: la pregunta no es para poner esa cara. *(A los más.)* ¡Señores, qué espanto!... Buenas noches.

VALENTINA.—¿Qué te pasa?

AMILCAR.—Nada; que acabo de encontrarme a un fraile el pasillo... *(Todos se estremecen, asustadísimos.)* Le preguntado si había misa de fin de año y, lejos de con tarme, me ha puesto una cara de furia que yo creí que iba a comer.

JUAN. *(Muerto de miedo.)*—¡Ay, mardita sea, que yo voy!...

CEFERINO. *(Idem de ídem.)*—Ese es fray Pon... Pon...

VALENTINA.—¡Amílcar, hijo mío!...

AMÍLCAR.—¿Qué pasa?

VALENTINA.—¿Pero es de veras?... ¿Tú has visto?...

MARIANO. *(Tembloroso y solemne.)*—¡Amílcar!... De contestación depende mi felicidad o mi desdicha. ¿Es cie que tú has visto a ese fraile?... ¡Responde!

AMÍLCAR.—Sí, señor. La cara como de cera, la barba g los ojos llameantes.

MARIANO. *(En un grito horrendo.)*—¡¡Ah!!... *(Conte simo.)* ¡¡¡Ah!!!...

AMÍLCAR *(Estupefacto.)*—¿Pero qué sucede?

VALENTINA.—Que lo que tú has visto es una aparición.

AMÍLCAR—¡Ah! *(Medio se cae del susto y se mete el br de un sillón por salva sea la parte, estropeándose el hu dulce. Dolorido.)* ¡Ay!...

VALENTINA.—¿Te has hecho daño?

AMÍLCAR.—¡Uf!... ¡Uf!... *(Pasea con la mano en el s dolorido.)*

MARIANO. *(Como loco.)*—¡Gracias!... ¡Soy feliz!... ¡Es v dad!... ¡Los espíritus no mueren! ¡Las almas visitan los gares donde antes vivieron!... ¡Potentino puede estar aq ¡Potentino está aquí¡ ¡Me ve!... ¡Me oye!... ¡Me escucl *(Llamando como loco.)* ¡Hermano!... ¡Potentinoo!... ¡R póndeme! *(Suena un trueno.)*

TODOS. *(Horrorizados.)*—¡¡¡Ah!!!

MARIANO. *(Como antes.)*—¡Soy yo, Mariano!...

CASTA. *(Dentro: lejos.)*—¡Mariano!...

TODOS. *(Horrorizados.)*—¡Ay!...

MARIANO. *(Entre miedoso y emocionado.)*—¿Eres tú?...

CASTA. *(Como antes.)*—¡Sí!...

JUAN. *(Que no puede más.)*—¡Ay!... ¡Echarme una manita, ıe me caigo!

MARIANO. *(Como antes.)*—¿Dónde estás?...

CASTA. *(Idem.)*—¡Aquí!...

CEFERINO. *(Tranquilizándose.)*—Pero si creo que es la voz Casta...

AMÍLCAR. *(Indicando la puerta de la izquierda, primer tér-ıno.)*—¡¡Ay!! ¡Esa puerta se abre!... *(Todos miran aterra-s. En efecto, la puerta se abre suavemente y se vuelve a ce-ar, como si una mano invisible la hubiera impulsado. El sto de todos llega a su máximo.)*

JUAN. *(Que está medio tapado por una cortina.)*—¡Ay! ¡Que ɜ saquen de aquí!...

CASTA. *(Señorona de buen ver, de luto riguroso, entrando r la derecha, seguida de* FLORA, *doncella guapa y pizpire-.)*—Buenas...

TODOS. *(Asustados.)*—¡Ay!...

CASTA.—¿Qué sucede?

VALENTINA.—¡El fraile!... ¡Amílcar lo ha visto, y esa puer-acaba de abrirse y de cerrarse!...

CASTA.—Acaso el viento... *(Un candil que pendía de la chi-ɜnea cae al suelo con gran estrépito.)*

TODOS. *(Saltando en seco.)*—¡Ah!

AMÍLCAR. *(Retrocediendo de un salto y metiéndose el pico un mueble por la espalda.)*—¡Ay!... ¡¡Uf!!...

CASTA.—¡Silencio! Debe ser él. Rezad un Ave María y ve-is cómo se retira... *(Pausa. Se hace un profundo silencio. ›dos rezan in mentis. En medio del estupor de todos, vuelve abrirse como antes la puerta de la izquierda, primer térmi-, y vuelve a cerrarse suavemente.)*

CEFERINO. *(Que tiembla como un azogado.)*—¡Cácara... cá-ra... cacaracoles!

CASTA.—De estar a oscuras le hubiéramos visto perfecta-ɜnte.

JUAN. *(Que medio está liado a la cortina.)*—¡Dejarme salí aquí!... ¡Quién me tira!...

CASTA.—¡Calma, calma!... Ya se fué. Nada malo hay que perar de esos pobres espíritus, que piden a lo sumo una ora-›n. *(A Mariano.)* ¿Por qué gritabas antes?

MARIANO.—Llamaba a Potentino.

CASTA. *(Consultando su reloj de pulsera.)*—Es temprano n. A las doce vendrá. *(Todos se estremecen.)*

MARIANO.—¡Casta!...

CASTA.—¡A las doce vendrá!

AMÍLCAR. *(A Valentina.)*—¿Y para esto nos han convid mamá?

VALENTINA.—¡Calla!

MARIANO. *(A Casta.)*—¿Y tu hija?

CASTA.—Ahora llegará. Se empeñó en venir en su Renau y como la noche estaba tan mala, supliqué a Pulido que acompañase.

MARIANO.—Has hecho mal, Casta.

CASTA.—¿Por qué?

MARIANO.—Porque como tu vives en el alero ignoras q Prodosia y Pulido se entienden.

CASTA.—¡Mariano!

MARIANO.—¡Se entienden! ¡Me consta!

CASTA.—Tardarás en despedirle lo que tarde en llegar.

MARIANO.—A tu gusto, que en este caso es también el m Honrado y servicial es Pulido y mucho se interesaba por mi hermano; pero no creo que tu hija, que hoy por hoy es más rica heredera de España, esté ahí para el primer salt bardales que la abizcoche. Mañana no estará Pulido a tu se vicio.

CASTA.—Así lo espero.

MARIANO.—Y así será.

FLORA.—Aquí llegan ya los señoritos.

PRODOSIA. *(Una muchacha monísima y menos enlutada q los demás de su familia, entra en escena por la derecha, segu da de* PULIDO, *un muchacho muy simpático y muy elegan Prodosia dará la sensación de que ha venido conduciendo u automóvil, y traerá la ropa a propósito para ello. Pulido vi ne como si acabara de salir del casino de limpiarse las botas* —¡Hola! Aquí estamos ya. ¡Jesús, qué tiempecito! Buenas n ches, tío... ¿Qué tal Valentina?... *(La besa.)*

VALENTINA.—Buenas noches, Prodosia.

PULIDO. *(Entrando.)*—Muy buenas noches... *(Casi no contestan.)*

PRODOSIA. *(Extrañada.)*—¿Qué sucede?...

CASTA.—Suceden muchas cosas.

PRODOSIA.—¿Eh?

MARIANO.—Sí, Prodosia, sí: muchas cosas.

CASTA.—¿Por qué camino han venido ustedes que han ta dado tanto? Porque de casa salieron ustedes hora y media a tes que yo.

PRODOSIA. *(Algo cortada y aturdida.)*—Es que hemos ver do hacien...

CASTA.—Razón de más.

PRODOSIA.—Haciendo un recorrido especial.

MARIANO. *(Irónicamente.)*—Sí, sí...

PULIDO. *(A Ceferino, que está junto a él. A media voz.)*—¿Qué ha ocurrido, doctor?... *(Hablan aparte, disimuladamente.)*

PRODOSIA.—Además, hemos tenido un pinchazo en plena carretera. Menos mal que Pulido, para que yo no me llenara de barro, ha tenido la gentileza de cambiarme la rueda.

MARIANO. *(Como antes.)*—Sí, ¿eh...? ¿Y dónde se ha limpiado luego?... Porque se presenta impecable. ¿Quieres preguntarle que en dónde se ha lustrado las botas?

PRODOSIA. *(Atorrulladísima, hecha un taco.)*—Pues en la... Si es que lo...

MARIANO. *(A Pulido, que habla con Ceferino y no ha estado atento a esta conversación.)*—¿Eh?... ¿Señor Pulido?...

PULIDO.—¿Qué?

MARIANO.—¿Que en dónde se ha limpiado usted las botas?

PULIDO. *(Ingenuamente y sin advertir los guiños que le hace Prodosia.)*—En Bellas Artes.

PRODOSIA.—Es que...

MARIANO. *(Severamente.)*—¡Basta!

PULIDO.—Por lo visto no...

MARIANO.—¡Basta usted también, señor Pulido!

PULIDO. *(Extrañado.)*—¿Ese tono?...

MARIANO.—El que corresponde a un tío con poderes de madre.

CASTA. *(Aparte a Mariano.)*—Echale de un modo discreto...

MARIANO. *(Idem.)*—Sabré hacerlo como nadie. Se me ha ocurrido un símil...

PULIDO.—No me explico sus palabras, señor Ortiz.

MARIANO.—Señor Pulido... Sé que se ha atrevido usted a poner sus ojos en Prodosia... ¡No lo niegue!... Negarlo sería una cobardía.

PULIDO.—¡No lo niego!

MARIANO. *(A Casta.)*—¿Te convences?... Pues bien: ni Casta ni yo podemos tolerar que la que puede aspirar a un rey se contente con un pobre muchacho, cuya conducta no califico porque... no me han gustado nunca las cuestiones personales. Ha abusado usted del afecto y de la confianza que habíamos puesto en usted, y por aspirar al todo se hundirá en la nada. La casa de los Ortiz de Crochino era para usted un paraíso terrenal; pero usted, como Adán, se ha fijado en el fruto prohibido, y yo, como Dios, le arrojo a usted del paraíso. ¡Queda usted despedido! *(Pausa.)*

CASTA. *(Aparte a Mariano.)*—Le has echado muy bien.

MARIANO.—¡Como Dios!... *(A Pulido.)* Mañana me hará us-

ted entrega de los libros, papeles, títulos y demás justificantes de la administración.

Pulido. *(A Prodosia, tristemente.)*—¿Estás viendo cómo no podía ser? ¿Cómo no debía ser?

Prodosia. *(Rebelándose.)*—¡Ah! ¡No!... ¡Pues no! Yo le quiero, y ustedes no pueden oponerse a este cariño, porque mi padre lo sabía y lo consentía y lo fomentaba...

Mariano.—¡Falso!...

Casta.—¡Mientes!

Prodosia.—¡¡No miento!!

Pulido. *(Conciliador.)*—Prodosia...

Prodosia.—Cuéntales lo de aquella mañana, cuando nos sorprendió charlando con las manos cogidas...

Casta. *(Avergonzada.)*—¡Jesús!...

Pulido.—Calla, Prodosia...

Prodosia.—Que al intentar huír nos detuvo, diciéndonos: "No huyáis: sé que os queréis; y lo sé porque vuestro cariño es obra mía: lo he conseguido yo con este aparato..." Y nos enseñó una pequeña caja con unas lámparas y una antena diminuta... Nos explicó entonces que, dependiendo las simpatías y las atracciones de la similitud del halo invisible que rodea a cada cuerpo, había él inventado un aparato productor de halos para obligar a quererse a las personas a quienes él "halaba" uniformemente.

Mariano. *(Incrédulo.)*—¡Hola con el halo!...

Prodosia.—¡El pobre aspiraba con un amplio desarrollo de aquel invento a la extinción del odio y al trlunfo del amor universal!

Amílcar. *(Indignado.)*—Eso es un cuento tártaro como para reírse y tomarle los bucles a un israelita; pero a mí, que soy de aquí, un pirulí.

Mariano.—Y a mí, por si te ríes, dos pirulíes.

Juan.—Eso está bien.

Mariano.—¡Qué vivos! Claro, saben que los deseos de mi hermano eran órdenes para nosotros, y quieren con esta historia, que si no es tártara es algo mayonesa, tirarnos una ventaja.

Pulido.—¡¡Caballero!!

Mariano.—Pues bien, no. Lo dice su madre. *(A Casta.)* ¡Dilo!

Casta.—¡No!

Mariano.—Y lo digo yo. ¡No!

Pulido. *(Dignísimo.)*—¡Señor Ortiz!... Puede usted tranquilizarse. Jamás seré el marido de Prodosia. *(Llora Prodosia.)* Yo no soy un buscador de dote. La quise sin pensar en

su dinero: se lo juro. Hecha esta declaración, le juro también, por mi honor, que cuanto ella ha contado de su padre es rigurosamente exacto. Si después de estos juramentos se atreve alguien a seguir dudando, que lo diga, para tener el gusto de cruzarle la cara.

MARIANO.—Es que...

CASTA.—Calma, Mariano, calma. Potentino nos dirá dentro de un instante si es o no cierto lo que Prodosia acaba de contarnos de él.

TODOS. *(Como sobre ascuas.)*—¿Eh?... *(Zumba de nuevo el viento.)*

CASTA.—Aquí hemos venido a verle y a oírle. El lo dirá.

MARIANO.—¿Qué dices, Casta?

CASTA.—Sí, Mariano; escúchame y escuchadme todos. *(Nuevo zumbido, más fuerte.)*

JUAN. *(Miedoso.)*—Otra vez se pone esto, mardita sea...

MARIANO.—¡Silencio!

CASTA.—Tú sabes que Potentino y yo solíamos hablar mucho de la otra vida, porque a mí, que he sido siempre una pasional, me preocupaba el que en el más allá no siguiera él adorándome. Horas antes de morir el pobrecito, y cuando Bolado me aseguró que la ciencia era ya impotente para Potentino, me acerqué a él y le dije: "Amor mío: vas a dejar sola a tu mujer, que no será jamás de ningún otro hombre, porque ni aun en el cielo quiero que reniegues de tu Casta... Pero ya que tu espíritu, por ser un espíritu superior, volará a mayor altura que los demás y podrá encontrar medios para todo, yo te suplico que al cumplirse los dos años de tu muerte vengas aquí, a este salón, y me hables y me digas si los que se van siguen amando a los que se quedan, como los que se quedan siguen amando a los que se van; si en ese más allá de las almas, tú me ves y me sigues y me amparas, y si cuando yo muera también, podremos los dos continuar gozando en el cielo de este idilio que comenzamos en la tierra.

CEFERINO. *(Encantado y mirándola amorosamente.)*—(¡Qué mujer!)

MARIANO. *(Tembloroso.)*—¿Y él te dijo?...

CASTA. *(Con una solemnidad que sobrecoge a todos.)*—Que hoy, a las doce, vendría aquí a contestarme.

AMÍLCAR. *(Asustadísimo.)*—¡Mamá!

JUAN. *(Idem.)*—¡Asuca!

CASTA.—Por eso he querido que permanezca aquí todo tal y como él lo dejó a su muerte. En ese mueble, sus cigarros, sus boquillas, la boina roja que se compró en Irún el día del

Alarde y que solía ponerse para fumar, al amor de la lumbre... Ahí las obras del "Pastor-poeta", que era su autor favorito. ¡Todo! Y por eso dejé aquí a Geroncia, mi doncella, la persona que conocía mejor nuestros gustos, para que todo fuese respetado...

MARIANO. *(Excitadísimo.)*—¡Ay, si eso fuera cierto, Casta! ¡Ay, si yo viera de nuevo a mi hermano de mi alma!... ¡Ay si me dijera la forma de hacer funcionar el "Pluvi-Desiderio"! ¡Ah! Con qué placer besaría yo el éter impalpable que siluetara su sombra. *(Como loco.)* ¡Hermano mío, ven! ¡¡Ven!!... *(Un gran relámpago.)*

CEFERINO.—¡Mariano! *(Suena un trueno.)*

JUAN. *(Saltando.)*—¡San Blas!

VALENTINA. *(Idem, rectificándole.)*—¡Santa Bárbara!

JUAN.—¡Cualquiera, con tal de que nos saque de aquí!

AMÍLCAR. *(Temblando.)*—Faltan dos minutos para las doce.

CEFERINO. *(Idem.)*—Usted adelanta, joven.

JUAN. *(Indicando aterrado que la primera puerta de la izquierda se mueve.)* ¡Esa puerta!... ¡¡Esa puerta!!

TODOS. *(Asustados.)*—¡Ay!

EVERILDA. *(Entrando en escena por la puerta indicada, seguida de* EULOGIA, *ambas demudadas, tembleantes.)*—¡Ay, se... se...!

EULOGIA.—¡Ay, don... don!...

TODOS. *(Nerviosamente.)*—¿Eh?... ¿Qué?...

EVERILDA. *(Que casi no puede hablar.)*—¡Lo hemos visto, señora!

CASTA.—¿A quién?

EVERILDA.—¡Al fraile!

JUAN.—¡Mardita sea er fraile y!... *(Tapándose la boca de un manotazo.)* ¡Ay! ¡No he dicho na!

MARIANO.—¡Silencio! ¡Van a dar las doce!

TODOS. *(Temblando.)*—¡Ay!...

JUAN. *(Que está junto a Eulogia y Everilda.)*—Yo sardría corriendo; ¿pero aonde voy yo solo?...

EULOGIA.—¿Que pasa, Juan?

JUAN.—Que ahora va a aparecerse don Potentino.

EVERILDA y EULOGIA. *(Gritando.)*—¡Ay!

CASTA. *(Magnífica.)*—¡Silencio!... ¡Va a llegar!... Aguardémosle rezando!...

VALENTINA. *(Medio muerta del susto.)*—¡Ay, Casta!... ¿Pero crees de veras que?...

CASTA. *(Sublime.)*—¡De rodillas!... *(Un relámpago. Se arrodillan todos.)* ¡Un padrenuestro por el alma de Potentino Ortiz!

TODOS. *(Al mismo tiempo.)*—Padre nuestro que estás en los cielos... *(Un trueno. Todos, asustadísimos, gritan mucho la primera sílaba de la palabra siguiente.)* Sááááantificado sea el tu nombre, vénganos el tu reino y... *(disminuye la luz)* háááágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. El... *(Suena la pimera campanada de las doce.)* Pan... pan... pan... *(Tiemblan tanto que no se les entiende ya lo que rezan. El reloj, lúgubremente, da las doce campanadas, y al vibrar la última suena un gran aldabonazo. El que no cae de bruces es porque se apoya en algo.)*

JUAN. *(Que ha estado contando las campanadas con un miedo grandísimo: al oír el aldabonazo.)*—¡Trece!... *(Casi sin aliento.)* ¡Socorro!... *(Pausa.)*

MARIANO. *(Temblando.)*—¡Han llamado, Casta!

CASTA. *(Idem.)*—¿Tú crees? *(Otro aldabonazo.)*

MARIANO. *(Idem.)*—No hay duda.

CASTA. *(Idem.)*—Pues la puerta está entornada. Conque empujen...

MARIANO. *(Idem. Sin moverse.)*—Pues que empujen. *(Otros aldabonazos.)*

CASTA. *(Señalando al balcón.)*—Dilo por el ba... ba...

MARIANO.—Vo... vo... *(Temblando como un azogado, abre una rajita del balcón, mete la cabeza y grita con todas sus fuerzas.)* ¡¡Enjupen!! *(Cierra el balcón.)*

CASTA.—¿Qué has dicho?

MARIANO.—Eso.

VALENTINA. *(Que casi no puede hablar.)*—¿Y quién llama?

MARIANO. *(Idem.)*—Una sombra... *(Todos ahogan un grito de espanto. Culmina la angustia y el susto de todos. Se han puesto de pie, y apiñados, parapetados y algunos de ellos abrazados, miran temblorosos a la puerta de la derecha. La luz aumenta y disminuye dos veces, hasta quedar un poco débil y rojiza. Unos troncos que ardían en montón en la chimenea caen crepitantes por haberse hecho ceniza la base que los sustentaba. Los tenebrosos zumbidos del viento subrayan este momento de pavura, y cuando es mayor el sobresalto de todos, en un momento en que nadie respira, se abre pausadamente la puerta de la derecha y aparecen* AMARANTO *y* CELCINA. *Amaranto es un hombre como de cuarenta y cinco años, pálido como una verdadera aparición, con barba de seis días y con un indumento que en un concurso de ropa vieja y antigua se llevaría un accésit, como mínimo. Unos zapatos de lona amarilla; unos pantalones muy estrechos, de los que no puede uno metérselos estando calzado; un manferland del año sesenta, una tirilla bastante alta y cerrada por delante, una corbata*

de las de nudo hecho, que le trepa como con deseos de irse; un sombrero hongo marrón, cuadrado, que corona, con u poco de ladeamiento, el originalísimo conjunto. Celcina es ur muchacha monísima, vestida también con ropas que no se h cieron para ella. Los dos vienen calados hasta los huesos y co una gran expresión de cansancio y de frío. No obstante el a pecto de vencimiento y de derrota de Amaranto y de Celcin nadie se tranquiliza. Contribuye a esta intranquilidad la act tud de Amaranto, que con los brazos abiertos y sin dar siqui ra las buenas noches, avanza hasta el centro de la escena.)

AMARANTO. *(Acariciando el sillón donde se ha dicho que mu rió Potentino, dice muy lúgubremente.)*—¡Ya estoy aquí!. *(Todos se estremecen.)*

CEFERINO. *(Que ya no puede más, extendiéndole los brazo desde la puerta.)*—¡Padre!...

AMARANTO. *(Como si despertara.)*—¿Es a mí?... ¡Ah!.. Sí... *(Acudiendo a ella.)* Celcina, hija mía, ven... *(Tomándol del talle.)* Estás aterida, pobrecita... Acércate a la lumbre.. *(La lleva a la chimenea y la sienta.)* Así... Aguarda... Una gotas de cognac te reanimarán... *(En medio del estupor d todos se acerca a un mueble, lo abre, saca una licorera y llen una copa de cognac, diciendo.)* El campo era como una inmen sa fosa y un frío de tumba hería nuestros rostros. ¡Ah!.. *(Llevando a Celcina la copa.)* ¡Bebe, hija mía!

CELCINA.—¿Y tú, padre?

AMARANTO.—No hay bebida que preste calor a los que lle vamos en el corazón el frío de la muerte. *(Bebe Celcina.)*

CASTA. *(A Mariano, a media voz.)*—¡Sabía dónde estaba e cognac!

MARIANO. *(Idem.)*—Y todos sus símiles son sepulcrales!

CASTA. *(Idem.)*—La estatura es la misma; pero esa cara..

MARIANO. *(Idem.)*—¡Y ese manferland!...

CELCINA. *(Más entonada.)*—Sí; ya me encuentro mejor.. Ya coordino. Ya veo... *(Levantándose.)* ¿Dónde estamos, pa dre?... Hay aquí unos señores... Buenas noches...

TODOS.—Buenas noches...

AMARANTO.—Estás empapada, Celcina... *(Quitándole e abrigo que trae.)* Aguarda: te traeré una manta de caza, m manta de caza. *(Pausadamente y como un sonámbulo se va por la segunda puerta de la izquierda.)*

MARIANO. *(Asombrado.)*—¿Qué es esto, Casta?

CASTA. *(Idem.)*—¿Pero quién es?

CELCINA.—Es mi padre, señora: don Amaranto Funguela.. ¡Pobre padre mío! Tan bueno y tan desgraciado.

VALENTINA.—¿Pero cómo sabe andar por esta casa?...

CEFERINO.—¿Han estado ustedes aquí alguna vez?
CELCINA.—Yo, no, señor; ni creo que él tampoco.
CASTA.—¿Entonces, cómo?...
MARIANO.—¿De dónde vienen ustedes? ¡Respóndame!
CELCINA.—Del Hospital de Cuenca, señor. Hace unos cuantos días mi padre, desesperado, puso fin a su existencia.
TODOS.—¿Eh?...
CELCINA.—Se arrojó al río, y como no sabía nadar, se ahogó.
MARIANO.—¿Que se ahogó?
CELCINA.—Sí, señor: se ahogó. Cuando le extrajeron del agua era cadáver. ¡Yo lo vi!... ¡¡Yo lo vi!!... Llevaba la lengua fuera; por eso me di cuenta. Le llevaron al hospital; allí, por mera fórmula, y sin esperanzas de salvarle, le hicieron la respiración artificial, y de repente, en medio del asombro de todos, comenzó a pestañear. Un médico exclamó: "Milagro"; otro añadió: "Esto no es concebible", y cuando un tercero dijo, maravillado: "¿De qué casta será este hombre?", se incorporó mi padre y exclamó:

"De una casta que, pálida e inquieta,
me aguarda en Valtablado de Beteta..."

¡Se había vuelto loco!
CASTA. *(Como alucinada.)*—¡¡No!!
MARIANO. *(Idem.)*—¡¡No!!
CELCINA. *(Asustada.)*—¿Eh?
MARIANO.—Continúe, por Dios, señorita. ¿Qué ocurrió después?...
CELCINA.—En el hospital ha estado varios días, unas veces silencioso y triste y otras alegre y diciendo incoherencias; esta mañana le dieron de alta; fuí a recogerle, sin saber adónde habíanos de dirigirnos, porque no tenemos ya ni muebles ni hogar, y él me recibió diciéndome: "Sí, sí, tú eres mi hija, porque yo tengo una hija de mi cuerpo, que eres tú, y una hija de mi alma, que es la otra. Sígueme, voy en busca de la madre de la hija de mi alma, que es la esposa del alma de este cuerpo, que es el alma del cuerpo que fué padre de la hija de mi alma... ¡Pobre amada esposa!... ¡Pobre madre adorada!... ¡Ven, anda, corre!..." Y aquí me ha traído, por lo que veo, creyendo que va a encontrar a mi madre.
CASTA.—¿Pero su madre de usted?...
CELCINA.—Mi madre, señora, murió hace dos años.
CASTA.—¿Entonces?
CEFERINO. *(Nerviosísimo.)*—¡Sí! ¡Está claro como la luz

meridiana!... En busca de la madre de la hija de su alm: que es la esposa del alma de su cuerpo, que no es su cue: po..., que es el alma del cuerpo que fué padre de la hij de su alma... *(Por* PRODOSIA.) ¡esa!

PRODOSIA.—¡¡Don Ceferino!!

CEFERINO. *(Por Casta.)*—¡Y usted!...

CASTA.—¡¡Bolado!!... ¡Ay, que se ha vuelto loco!

MARIANO.—¡Silencio!... ¡Ya vuelve!... (AMARANTO *entr en escena con una bonita manta de caza.)*

EVERILDA.—¡La manta de caza!

CASTA.—¿Pero cómo ha encontrado la llave?...

JUAN.—¿Quién será este tío?...

AMARANTO. *(Arropando a Celcina, cariñosamente.)*—Au que no seas hija de mi alma, lo eres de este cuerpo, y algú día el alma de este cuerpo agradecerá a mi alma lo que hac por la hija del cuerpo de mi alma.

CEFERINO. *(Como antes.)*—¡Sí!... ¡Sí!... Está clarísimo.. *(Todos se agolpan a él.)* Aunque no es su hija de su alm: lo es de su cuerpo actual, y algún día el alma de su cuerp actual...

CASTA.—¡Por Dios, doctor, que también yo empiezo a de variar! ¡Explíquese, por favor!

CEFERINO.—¡Señora!... ¡Mariano!... Amigos míos... ¡Qu espanto! *(Por Amaranto.)* Ese hombre está muerto.

TODOS. *(Asustados.)*—¡Ah!...

CEFERINO.—Es decir, no está muerto, porque vive; pero que vive no es él. Ese hombre murió días pasados, cuando s suicidó; pero al hacerle la respiración artificial se introduj en su cuerpo el alma de Potentino Ortiz.

TODOS. *(Asombrados.)*—¡Ah!...

CEFERINO.—Por eso habla de hijas de cuerpo e hijas d alma y de la esposa del alma de su cuerpo que no es el cue po de su alma.

CASTA. *(Perpleja.)*—Entonces él... Es decir, yo... ¡Qu suerte!

MARIANO. *(Al ver que Amaranto se dirige al mueble qu guarda el tabaco y las boquillas.)*—¡Calla!... ¡Obsérvale!..

(Amaranto abre el mueble, toma un buen cigarro, lo met en una linda boquilla, saca de cualquier recoveco una boin roja, se la pone, después de tirar asqueado su sombrero, se dirige a la chimenea.)

CASTA. *(Asombrada, como los demás, durante todas esta manipulaciones de Amaranto.)*—¡Es él, sí!... ¡Hace com él!... ¡No hay duda!... ¡Es mi Potentino!... *(Avanzando hc cia él.)* ¡Potentino!...

.MARANTO. *(Dejando caer el cigarro y la boquilla y quedo con los brazos en alto, como si escuchara una voz ceial.)*—¿Eh? ¿Quién?...

'ASTA. *(Temerosa de avanzar más.)*—¡¡Potentino!!

IARIANO. *(Idem.)*—¡¡Hermano!!...

.MARANTO. *(Como antes.)*—¿Qué?... ¿Cómo?... ¿Quién?...

IARIANO.—¡¡Hermano!!

.MARANTO. *(Con firmeza, retrocediendo un paso.)*—¡No! o!...

'EFERINO. *(Valientemente.)*—¡Sí!

.MARANTO. *(Dudando.)*—¿Eh?

'EFERINO. *(Como antes.)*—¡Caballero!... ¡¡Usted es Or-!! *(En este momento aumenta muchísimo la luz.)*

CASTA.—¡¡Potentino!!... ¡¡Amor mío!!

AMARANTO. *(Trágicamente: en un grito que lo oye Zacco- y se retira del teatro.)*—¡¡Ah!!... ¡Casta!... ¡¡Casta!!... Mariano!!...

MARIANO.—¡¡Potentino!!

AMARANTO.—¡¡Esposa mía!!... ¡¡Hija!!...

CELCINA. *(Acudiendo a él.)*—¡¡Padre!!...

AMARANTO. *(Rechazándola.)*—¡Aparta, hija de mi cuerpo!

CELCINA.—¡Dios mío!... ¡Loco! *(A los demás.)* ¡Está loco!

CASTA y MARIANO. *(A Celcina.)*—¡No!

CASTA. *(Idem.)*—¡Es mi esposo!

MARIANO. *(Idem.)*—¡Es mi hermano!

CASTA. *(Abriéndole los brazos.)*—¡Potentino!...

AMARANTO. *(Tambaleándose para caerse.)*—¡¡Ah!!... *(Lleíndose las manos al corazón.)* ¡¡Ah!! ¡Qué nuevo espíritu ıtra en mí!... *(Todos acuden a él y le sujetan.)* ¡Ay!... *Cae retorciéndose.)*

CASTA.—¡Dios mío!...

MARIANO.—¡Hermano!...

CELCINA.—¡Padre!... *(Disiminuyendo un poco la luz.)*

PULIDO.—¡Pronto, doctor!... ¡Este hombre está yerto!...

CEFERINO.—Es que el otro espíritu ha entrado también en u cuerpo y luchan.

CELCINA.—¡Padre!... ¡Se muere!... ¡Un confesor!... ¡Un acerdote!... ¡Un fraile!

TODOS.—¡¡No!! *(Instintivamente miran a la primera puera de la izquierda y lanzan un grito al ver en ella a un fraie enjuto, con la capucha calada y perdidas las manos dentro le las mangas.)* ¡¡Ah!!

JUAN. *(Tumbado en el suelo.)*—¡¡Que me entierren!!... Que me entierren!...

(Todos, huyendo despavoridos, se han retirado hacia el

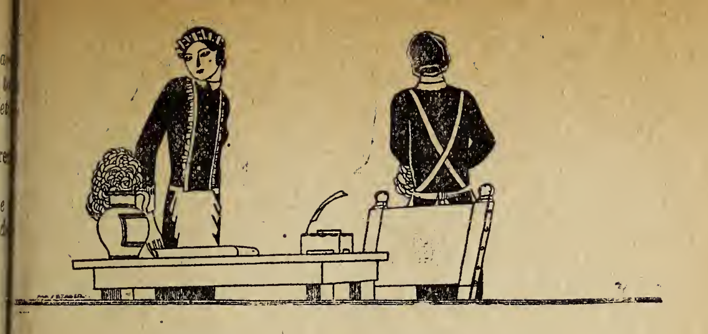
foro y han dejado a Amaranto solo y tumbado panza arr en el sofá. En medio del castañeteo escalofriante de to avanza el fraile pausadamente por detrás del sofá, se deti junto a Amaranto, se inclina y dice a media voz.)

*F*RAILE.—Está con la boína que lo ven en Irún y pres allí la U. P.

(Un trueno. Amaranto ve al fraile y del susto se cae sofá. Pausadamente se va el fraile por la puerta de la de cha. Se desmayan unos cuántos.)

TELON





ACTO SEGUNDO

misma decoración del cuadro anterior. Al levantarse el telón están en escena Everilda, Flora y Juan. Everilda y Flora, ricamente uniformadas de doncellas, ponen flores en cuantos cacharros hay disponibles. Juan, que viste de claro y tiene el pelo completamente blanco, ante la chimenea, de pie, se calienta, primero el anverso y luego el reverso.

EVERILDA.—¡Qué hermosura de rosas!... Viendo estas flo-:s no parece que estamos a quince de enero, sino en pri-avera.

FLORA.—Verdad. ¿De dónde habrá traído estas flores Juan?

JUAN.—Mujé, de cualquier poblasión que sea como Dios .anda: de Valensia, de Málaga, de Sevilla... ¿Crees tú que 1 toas partes hase er frío mortuorio que en estos pueblos er sentro de España, que ojalá se hundan tos? ¡Señores, ué temperatura! Cuidao que yo, con don Mariano, he via-ao lo mío y he estao en Pisa, en Niza y en Suiza, que allí ay dos metros de nieve por tos laos. Pero sale uno con su ersey, da dos patinasos, se cae uno tres veses, y a los sinco inuto suda uno como en la canícula. Claro, señó, como que quella nieve es nieve pa turistas, nieve a quinse grados, no sta de Cuenca, que es nieve pa catetos. ¡Mardita sean los scalofríos del aire! Y aluego, como er frío lo coge a uno on el cuerpesillo desencajao, por mo de los sustos...

EVERILDA.—¡Ay, calle usté, por Dios!

JUAN.—Hombre, hoy he tenío carta de mi mujé. Na, que o quiere creé que se m'ha puesto er pelo blanco a resurta de ɔ der fraile. Cuando me vea así se va a queré divorsiá. Ya le

he preguntao yo que de qué coló quiere que me lo tiña, si negro mojino, como yo era antes, o de rubio claro, que es colo que hase muy bonito.

FLORA.—Oiga usted, Juan: usted en sus viajes por ahí brá visto muchas cosas buenas, ¿verdad?

JUAN.—Figúrate: agujetas tengo yo en los ojos de ve sas bonitas. Iglesias que la que no te disen que es "goti te disen que es "bisentina"; museos marníficos, tos con mismos cuadros... Y de güenos hoteles, ¿pa qué te vi a blá?... Y de cosas típicas, ¿pa qué te vi contá? Como a Mariano le gusta verlo to y cuando hay argún peligro lleva a mí, pos he estao hasta en un fumadero de tapioca, te digo más. ¡Y he fumao y to! Ahora que yo te digo mi v dá: ni vi na, ni sentí na, ni na, ni na. Eso de la tapioca un cuento chino. Que allí desían que si se veían hurides que si salía Mahoma con ellas y que si le daban a uno lambres de gusto... ¡Mentira podría! Lo que dan son arq dos, fatiguillas y náusedas. ¡Voy yo a fumá tapioca otra v

EULOGIA. *(La cocinera, por la izquierda, pimera puerta, traje de mecánica, con unas flores.)*—A la señora le han brado estas flores.

EVERILDA.—Pues, hija, aquí no caben.

EULOGIA. *(Encantada.)*—¡La alegría que hay en la ca con tanta flor, tanta luz, tanto traje claro, tanta chimen encendida y tanta gente contenta!... Y luego, como lo fraile parece que está ya resuelto...

EVERILDA.—Esta mañana, el otro cura me ha vuelto a petir lo mismo. Dice que esas almas en pena que se aparec porque necesitan sufargios, si se les manda hacer se qued quietecitas en el Purgatorio, sin volver a salir. De mane que con la misa diaria y la guardia que hemos montao pa que siempre haya por las noches alguien rezando...

FLORA.—Cuatrocientos ochenta padrenuestros recé yo an che en las cuatro horas que estuve de guardia. Me salen dos por minuto.

JUAN.—¡Mardita sea!... Si esto lo hubiéramos sabido 31 de disiembre tendría yo ahora mi pelito negro y mi c rasón en su sitio, que de tan fuerte como ha gorpeao se n ha venío como más pa alante. ¡Josú! Hasta que yo no m vea en Madrí no voy a está tranquilo. Lo que me escama mí esta casa y el don Amaranto Funguela.

FLORA.—Pues anda que a mí...

EVERILDA.—Y a todas.

JUAN.—Eso de que sea el difunto don Potentino y el otr y unas veses reine en su cuerpo el uno y otras el otro y otra

s dos al mismo tiempo, es una cosa que a mí no me cabe ı la cabesa. Las ganas que tengo de que vuelva don Maano.

EVERILDA.—¿Está en Madrid?

JUAN.—Sí; ha ido a consultar con un sabio que él conoció ı Lérida, un tal don Ateneo Pringat, que sabe mucho de stas cosas de los espíritus y de los muertos que se güerven encarnesé, porque parece que él tuvo un padrastro que se encarnó. *(Rumor de voces dentro.)*

EVERILDA.—¡La señora!... Recoge eso, Florita... *(Por las ores que han sobrado.)*

CASTA. *(Por la segunda puerta de la izquierda. Parece otra ıujer. Viste elegantemente, de claro, y en ella todo es alería y esplendor.)*—¿Está todo listo, Everilda?

EVERILDA.—Sí, señora. Estas flores que acaba de traernos ulogia las pondremos en el recibimiento.

CASTA. *(Examinándolo todo.)*—Perfectamente... Que tenan el te dispuesto para las cinco en punto.

EVERILDA.—Sí, señora.

CASTA.—¡Ah! Eulogia...

EULOGIA.—Señora.

CASTA.—Prepare dos chocolates, uno a la francesa y otro . la española, por si el señor quiere tomarlo como Ortiz o omo Funguela.

EULOGIA.—Sí, señora.

CASTA.—¿Llegó ya de Madrid la señorita Valentina?

EVERILDA.—Sí, señora; llegó con el señorito Amílcar; pero ılgo debe haberle ocurrido a don Amílcar en un pie, porque e han quedado en el parque con el señor y la señorita.

CASTA.—¿Qué señorita, mi hija?

EVERILDA.—No, señora; la hija del señor. Mejor dicho, la ıija del cuerpo del señor.

CASTA.—¡Ah!... Voy a verles. *(A Flora.)* Dame un abrigo cualquiera.

FLORA.—Aquí tiene la señora el jersey...

CASTA.—Sí. *(Flora le pone un jersey abigarradísimo, y Casta, después de mirarse y de encontrarse muy a gusto, hae mutis por la derecha cantando.)* Soy la garçón, con, con... *(Vase.)*

EULOGIA.—¡Hasta cantando ópera!

EVERILDA.—Hija mía, lo veo y no lo creo.

JUAN.—Hombre, le salen bien las cosas... Le ha resucitao er marido en un cuerpo mejó que er que tenía antes... Porque don Potentino, ahora que nadie nos oye, era una birria, como de aquí a Pamplona, y éste otro...

EULOGIA.—¡Lo que ha cambiado esta señora, Virgen Santa! Hace dos semanas, hasta los huevos pasaos por agua había que hervirlos en tinta para presentárselos de luto, y ayer por poco me echa porque le puse calamares.

FLORA. *(Mirando hacia la derecha.)*—Cuidado...

PRODOSIA. *(Entrando por la puerta de este lateral, vestida de colores muy vivos.)*—Juan...

JUAN.—Señorita.

PRODOSIA.—El señor Pulido va a venir esta tarde. Ya éstas lo saben.

JUAN. *(Apurado.)*—¡Señorita de mi arma, no me comprometa usté, por su salú! Mirusté que don Mariano está al caé, y despues de la agarrá que tuvieron er día que entregó la arministrasión...

PRODOSIA.—No importa.

JUAN.—Además, que su señora mamá de usté nos tiene dicho...

PRODOSIA.—A pesar de ello. El quiere hablar con don Amaranto, y es preciso que satisfaga su deseo. *(Suena una bocina.)* ¡Ahí está ya! *(Corren al balcón Prodosia, Juan y Everilda.)* No es. Es el tío Mariano con don Ceferino y otro señor.

EVERILDA.—¡Y qué señor!

JUAN.—¡Pringat!... ¡Don Ateneo Pringat! ¡El de Lérida!

PRODOSIA.—Me voy. *(A Juan.)* Ya queda usted advertido. ¿Me ayudará usted, como van a hacerlo los demás? Porque todos están de mi parte. Usted también, ¿verdad? *(Le acaricia la cabeza.)*

JUAN.—No me toque usté ar pelito, que no s'ha menesté. Aquí estoy yo pa tó lo que sea nesesario. ¡Y óle!

PRODOSIA.—Gracias. Bajaré por la escalera de servicio y estaré al cuidado. *(Mutis por la izquierda, primer término.)*

JUAN.—No hay más remedio que ayudarla. Lo pide de un modo... Y además, er día de mañana va a sé la dueña de tó...

EVERILDA.—Bueno, largo; cada cual a lo suyo.

EULOGIA.—Sí, señora. *(Mutis por la izquierda, primera puerta.)*

FLORA.—Vamos a poner esto en el recibimiento... *(Mutis con Everilda por la derecha, llevándose las flores que sobraron.)*

JUAN.—Echaré un leñito, porque me figuro que la reunión va a sé en esta sala. *(Manipula en la chimenea.)*

CASTA. *(Entrando en escena con MARIANO, CEFERINO y ATENEO.)*—Esta habitación está a muy buen temple. *(Mariano y Ceferino visten de claro. Ateneo Pringat es un cincuentón*

alvo, de cabeza muy gorda, bigote chinesco, gafas de concha y barbas de chivo, que habla con acento catalán.)

MARIANO. *(A Pringat.)*—Pase usted.

ATENEO. *(Secamente.)*—Gracias.

CASTA.—Siéntese...

ATENEO. *(Como antes.)*—Gracias. *(Se sientan.)*

JUAN.—(¡Josú qué cabesa! ¡Cuarquiera lo convida a aspirina!)

MARIANO.—Juan, unos cigarros y unas copas...

JUAN.—Sí, señó.

ATENEO. *(Por Juan.)*—Creo recordar...

MARIANO.—Es mi mayordomo.

JUAN.—M'alegro de verlo a usté tan bueno.

ATENEO.—Gracias.

JUAN. *(Entregando una caja de plata con cigarros de distintos tamaños.)*—Aquí tiene usté.

MARIANO. *(Presentando la caja a Ateneo.)*—¿Le gustan grandes?

ATENEO. *(Tomando un cigarro enorme.)*—Gracias. *(Lo huele complacido. Ceferino toma también un cigarro.)*

JUAN. *(Dándoselas de fino y ofreciéndole su mechero.)*—Si quiere...

ATENEO. *(Tomándolo.)*—Gracias. *(A Mariano, por el cigarro.)* Con su venia me lo voy a reservar para la post comida. *(Se guarda el cigarro y el mechero.)*

JUAN. *(Estupefacto.)*—(¡Ay, qué tío! ¡No, pues a mí, no!...) *(A un gesto de Mariano, se contiene, y durante todo el diálogo que sigue saca de un mueble una licorera, pone unas mesitas y sirve a todos licores.)*

CASTA. *(A Mariano.)*—¿Y tú, has contado a don Ateneo?...

MARIANO.—He comenzado a contarle y continuaré, con el permiso de ustedes. Pues como le decía, amigo Pringat: aquella noche, cuando desapareció por esa puerta la macabra visión de fray Pompilio... *(Ceferino y Casta se estremecen, y Juan pone en peligro la licorera.)* cogimos al señor Funguela, que continuaba como cataléptico; le llevamos al cuarto de nuestro difunto Potentino, le desnudamos entre su hija y yo y le acostamos.

ATENEO.—¿Y él?... ¿Eh?

MARIANO.—El abrió los ojos un momento, como para examinar dónde estaba; exclamó, casi con el aliento, no sé si a guisa de elogio o de confirmación: "¡esto es una cama!; volvió a cerrar los ojos y ya no volvió a abrirlos hasta el día siguiente a las nueve, que pidió el desayuno.

ATENEO. *(Tomando notas en un cuadernito.)*—Prosiga.

MARIANO.—Sí aquello era desmayo, era un desmayo rarísimo, porque tenía todo el aspecto de un sueño reparador. Hubo momento en que hasta nos pareció que roncaba. Pero no eran ronquidos, porque Casta probó a arrearle como arreaba al pobre Potentino que era un roncador de campeonato, y no se calló.

ATENEO.—¿Ustedes le velaron el letargo?

MARIANO.—Entre cortinas. Fué un consejo de Ceferino.

CEFERINO.—Sí; no quise que al despertar se viera rodeado de personas... Porque si despertaba como Funguela, podía haberse extrañado al ver tantas caras desconocidas... Y si despertaba como Ortiz, figúrese usted: al ver de nuevo a su esposa y a su hermano...

ATENEO.—¡Oh! Ya lo creo.

CASTA.—Y precisamente despertó como Potentino. *(Suspirando.)* ¡No me quiero acordar! ¡Cuando se tiró de la cama y le vimos... tocar el timbre!... ¡Qué momento! *(Vuelve a suspirar.)*

ATENEO.—¿Pero sabía también dónde estaba el timbre?

MARIANO.—Donde estaba el timbre, y las zapatillas y el pyjama y todo. Ibamos de asombro en asombro. ¡Qué abrazo me dió cuando surgimos!... ¡Mariano!... ¡Hermoso mío!... ¡Dios me envía para consolaros!...

CASTA.—¡A mí me comió a besos! *(Vuelve a suspirar.)* Pero a los dos minutos, cuando yo, pasada la natural vergüenza, me disponía a corresponderle, ¡qué horror!

ATENEO.—¿Eh?

CASTA.—Que éstos le digan...

MARIANO.—Sí: a los pocos minutos, y después de dos grandes estremecimientos, cambió de expresión y de mirada, y con una voz que casi no parecía la suya, me preguntó, como si no acabara de verme: "Caballero: ¿es usted Melodrami el barítono ese que no quiere cantar "El huésped del Sevillano?"... ¡Ya no era Potentino! ¡Ya era Amaranto!... Porque al principio tenía momentos en que se manifestaban en él los dos espíritus; pero ahora se le ve cómo salta del Ortiz a Funguela y del Funguela al Ortiz. Es como si en su interior se trabara una lucha espantosa entre las dos almas y unas veces preponderara la de Funguela y otras la de Ortiz.

CASTA.—¿Puede ocurrir eso, señor Pringat?

ATENEO.—Eso es lo que ocurre precisamente, señora. Se trata de un caso tipo de cuerpo con dos almas independientes. Porque hoy día, y me explicaré a lo llano para que todos me comprendan, qué caray, hoy día tenemos todos más de un alma.

CASTA.—Ah, ¿sí?

ATENEO.—Como el cuerpo se muere y se hace cenizas y el ma no, y llevamos tantos siglos de morir gente y venga rir gente y allá van las almas volando para arriba, pues y una de almas en los espacios siderales que ya no caben. por eso ahora, en cuanto nace una criaturita, se le metan almas o tres, según el tamaño.

JUAN.—(¡Chavó!)

ATENEO.—Hay personas bi-animadas, tri-animadas y muy madas o pluri-álmicas, que son las que tienen tres o más. ora, que como estas almas conviven desde el principio, es, qué caray, se mezclan y se amoldan. Claro que cuando ga el momento dice cada una de ellas aquí estoy yo, que r eso se ven en el mundo las cosas tan raras que se ven. as que se desdoblan, otros que se doblan demasiado y esos os bi-animados, que yo llamo pollos bisagras, que por tener un alma de tío y otra de dona hacen cosas muy estramticas. Pero, en fin, en todos estos casos hay siempre unirmidad. Ahora, en el caso presente, que de improviso se ela un alma en el cuerpo de otro, pues, caray, mientras no pongan de acuerdo van a tener lucha para rato.

CASTA.—¿Y cree usted que por fin llegarán a un arreglo? rque mi situación es de lo más crítica, señor Pringat. A ese hombre como Potentino me sigue queriendo con la nura de antaño, pero como Funguela se ha enamorado de con un fuego que asusta. Desea casarse conmigo en seida.

CEFERINO. *(Molesto.)*—¿Eh?...

MARIANO. *(Idem.)*—¿Qué?

CASTA.—Sí: en seguida. Y yo pregunto: ¿ese hombre es o es mi marido? Si es mi marido, ¿cómo voy a casarme nuemente con él? Y si no lo es, aunque me guste como me sta, que me vuelvo loca...

JUAN.—(¡Asuca!)

MARIANO.—¡¡Casta!!

CASTA.—¿Cómo voy a casarme con él para traicionar a mi arido, que está precisamente en él?

ATENEO.—Sí, sí: el caso de usted es de los de camisa de erza y ducha fría. Porque no puede negarse que son dos rsonas distintas en un solo perímetro, de modo que siem-e sería un caso sui-géneris de bigamia.

CEFERINO.—Claro.

ATENEO.—Ahora que, volviéndose a casar, usted no pierde ada, porque... ¿Se acuerda él como Ortiz de lo que hace mo Funguela?

CASTA.—Casi nunca, ¿verdad?

MARIANO.—Hay días que come y cena dos veces, que se está poniendo de gordo... Porque hace una comida lig como Potentino, y en seguida, como Amaranto, se hincha.

CASTA.—Si eso es lo que a mí me ilusiona, porque ca dose conmigo como Funguela, la vida para mí sería un e Primero me acariciaría como Potentino, luego como A ranto.

MARIANO.—Sección continua.

JUAN.—(¡Las hay ansiosas!)

MARIANO.—Pues no te preocupes: ya don Ateneo pens estudiará, le hablará y te aconsejará. El tiene hecho grar estudios y sabe lo que hay que hacer para separar a las tintas almas que animan un mismo cuerpo. Ahora lo hace falta es que obligue a ese hombre a que como Pote no, se reconcentre, manipule en el Pluvi-Desiderio, lo h funcionar y nos revele el secreto de su funcionamiento. Q ro patentarlo y venderlo, no por afán de lucro, no, sino amor a la humanidad y para conseguir la inmortalidad Potentino.

ATENEO.—Deseo ver de cerca el aparato.

MARIANO.—Pues venga usted: lo tenemos en una de las rrazas. *(Se ponen todos de pie.)*

JUAN.—(¿Y se va a ir con el mechero?) *(Después de o tear.)* ¿No huelen ustedes a quemao?

TODOS. *(Olfateando.)*—¿Eh?

JUAN. *(A Mariano.)*—A vé si es er mecherito que le que a usté el bolsillo como antié.

MARIANO. *(Registrándose.)*—No...

ATENEO. *(Sacando el mechero de Juan.)*—Yo tampoco...

JUAN. *(A Ateneo.)*—Ese... "mío" es una perdisión. Me quemao ya onse chaquetas. Tiene un muelle muy fuerte, s ta, se abre, se ensiende y...

ATENEO.—Le recomiendo este procedimiento. *(Saca hoja de papel y envuelve el mechero cuidadosamente.)* ¿ usted?... Así no se abre. *(Se lo vuelve a guardar.)*

CASTA. *(Ante la segunda puerta de la izquierda.)*— aquí, don Ateneo. *(Vase.)*

MARIANO.—Pasen ustedes.

ATENEO.—Gracias. *(Mutis.)*

CEFERINO.—Gracias. *(Idem.)*

MARIANO. *(A Juan.)*—Baja, vigila y si viene también e tarde el señor Pulido, me avisas. Ese pollo es un peine r bien puado y le voy a dar así, así y así. *(Marca dos puñ zos y una patada.)* ¡Ojo! *(Vase.)*

JAN.—Sí, señó. ¡Lástima de mechero! Y que le haiga yo sto er sellito pa esto. Hay quien no respeta... ni las ca-. *(Mutis por la izquierda, primer término.) (Tras una ve pausa, entran en escena por la derecha* AMILCAR *y* CEL-. *Celcina viste con suma elegancia. Amílcar, que cojea un o del pie derecho, se tapa el ojo derecho con las manos.)*

ELCINA.—¿Pero qué ha sido?

MILCAR.—La cosa más tonta del mundo: que venía fu-ndo, hice un mal movimiento y se me ha metido en el ojo eniza del cigarro. ¡Uf!... ¡Lo que escuece!... Haga usted avor de soplarme...

ELCINA.—Quite usted la mano... *(Le sopla.)* ¿Salió?...

MILCAR. *(Parpadeando.)*—Qué sé yo que le diga... Pare-que tengo un carboncito...

ELCINA. *(Dirigiéndose al balcón.)*—Venga usted aquí, a luz...

MILCAR.—Sí. *(Como ve mal, tropieza con una silla, y hu-do de ella, se mete el pico de una mesa por la ingle.)* alhaya sea!... ¡Uf!...

ELCINA.—¡Válgame Dios!... ¿Dónde se ha lastimado?

MILCAR.—Aquí, en la... no sé... en la región inglal.

ELCINA.—¡Le suceden a usted hoy una de cosas malas! nga usted acá. *(Le examina el ojo.)* Sí, ya veo. Es una spita de tabaco.

AMILCAR. *(Derretido.)*—Quisiera estar así toda la vida.

ELCINA.—¡Tonto!... Deme usted su pañuelo. Retorceré a puntita y le restregaré con sumo cuidado...

AMILCAR. *(Dándoselo.)*—¡Ay!... *(Celcina, mirándole co-etamente, retuerce el pico del pañuelo.)*

AMARANTO. *(Entrando con* VALENTINA *por la derecha.)*—es tampoco está aquí... *(Valentina viene en plan de visita. naranto parece otra persona. Viste el elegante uniforme del ub Cantábrico: traje azul claro, de americana cruzada y rtita, con botones dorados; pantalón achanchulladísimo, rra de visera con el escudo, zapatos de charol y una corba- plastrón de un color vivo. Al ver a Celcina y Amílcar.)* rece que los chicos se hacen gracia...

VALENTINA. *(Que al lado de Amaranto está siempre esca-ndísima.)*—Sí...

AMARANTO.—El vale mucho. No es de esos pollos abadana-s y feminiformes... Es un muchacho ecuo, simpático y ocu-ente. Creo que tiene muy buenos golpes.

VALENTINA. *(Como antes.)*—Sí...

CELCINA. *(Operándole con el pañuelo en el ojo.)*—A ver iora.

AMILCAR.—Con cuidado.

CELCINA.—¡Ya!... Vea usted...

AMILCAR.—¡Gracias a Dios!

VALENTINA. *(Acercándose a ellos.)*—¿Qué ha sido?... *(Hablan.)*

AMARANTO. *(Sirviéndose una copa de cognac y tomando la caja un buen cigarro.)*—(Esto de los chicos va viento popa. En el árido desierto de la vida hay espejismos, pe hay también oasis... ¡Adelante la caravana! ¡Bebe, carav nero!) *(Bebe.)*

CELCINA. *(A Valentina, a media voz: por Amáranto.)* ¿Cómo lo encuentra usted, señora?

VALENTINA.—Muy bien. Y como tengo la suerte de ver siempre bajo el aspecto de Amaranto...

CELCINA.—¡Ay, si estuviera así siempre! Pero cuando presenta como el otro, me da un miedo...

VALENTINA.—¿Y qué le ocurre para cambiar? Se estrem me, ¿no?

CELCINA.—Le dan como dos calambres seguidos; pone un caras rarísimas, se le espantan los ojos y, vamos, pare otro hombre.

VALENTINA.—Es extraño.

CELCINA.—Esta mañana he hablado yo de este asunto co el señor cura de Valtablado de Beteta; pero como estos cu ras de pueblo son tan poco comprensivos, en vez de toma en serio lo que yo le contaba, lo tomó a chacota; y por tod contestación me dijo: "Hija mía, tiene usted un padre que s baña en el río Missisipí y hace del Missisipí una carretera.

AMARANTO. *(Que está prestando atención, examinando u periódico ilustrado y haciéndose el distraído.)*—¿Eh?...

VALENTINA. *(Muy complacida.)*—Vamos, veo que ya somo tres las personas que no creemos en eso de la dualidad d las almas: el cura, Prodosia y yo. Porque Prodosia dice qu este señor no le toca a ella nada, ni como Amaranto ni com Potentino. Y yo, vamos, yo me dejaría cortar las dos mano

CELCINA.—¿Entonces usted cree que mi padre?...

VALENTINA.—Hija: yo no diré que haga del Missisipí un carretera, pero yo le aseguro a usted que si se mete en e río, no se acatarra.

AMILCAR.—¡Mamá!

CELCINA.—¡Señora!...

AMARANTO. *(Estremeciéndose.)*—¡Ajj!... *(Queda en un postura violenta.)*

CELCINA. *(Asustada.)*—¡Ay!... ¡Se ha estremecido!

AMILCAR.—¡Atiza!

VALENTINA.—¡Qué suerte!... ¡Con las ganas que yo tengo › verle como Ortiz!...

CELCINA.—¡Por Dios, señora, que algunas veces se pone ıe da miedo!

AMARANTO. *(Levantándose de un violento estremecimiento, rando el periódico que leía, haciendo gestos rarísimos y queındo, por fin, en una postura difícil y con una expresión niestra.)*—¡Aaaj!

CELCINA. *(Asustadísima.)*—¡Ay, que ya está!... ¡Ay, que ɔ me voy!...

AMILCAR.—Vámonos, sí. Tampoco a mí me... *(Tropieza ɔn una mesa.)* ¡Mi madre!...

CELCINA.—¿Se ha hecho usted daño?

AMILCAR.—Digo que mi madre se queda aquí con él.

CELCINA.—Sí... En el jardín estaremos mejor... *(Se van or la puerta de la derecha.)*

VALENTINA. *(Con cierto pitorreo, al ver que Amaranto da nos pasos inciertos, como de baile.)*—¡Ay, Ortiz!... ¡Ay, Orz!... Mire usted, mire usted qué choteo...

AMARANTO. *(Ya tranquilo, deteniéndose en el centro de la scena, con los brazos abiertos.)*—¡Ah!... ¡Mi casa!... ¡Sí!... ¡Ah!!...

VALENTINA.—(¡Qué cómico tan grande!)

AMARANTO. *(Advirtiendo la presencia de Valentina.)*—¿Eh? Qué?... ¡¡Valentina!! ¿Tú aquí?

VALENTINA.—(¡Anda y me tutea!...)

AMARANTO. *(Azoradísimo, mirando a todas las puertas y ıablando a media voz.)*—¿Por qué has venido?... ¿Es que uieres que se entere Casta de tu traición y de mi crimen?

VALENTINA. *(Entre asombrada y temerosa.)* — ¿Eh?... Pero?...

AMARANTO.—¿No te basta con nuestras entrevistas en la asita del Plantío?

VALENTINA. *(Retrocediendo asustada.)* — ¡Dios santo!... ¡Conoce mi secreto!...

AMARANTO. *(Acercándose a ella siniestramente.)*—¡Qué fuego, qué pasión es la tuya, mujer volcán, que abrasas con los ojos!

VALENTINA. *(Temblando.)*—¡Ay!...

AMARANTO.—¡Vete!... ¡No me pierdas!... Te he dicho cien veces que para mí lo primero de todo es la tranquilidad de mi hogar, porque yo, a pesar del veneno de tu cariño, amo a mi esposa.

VALENTINA. *(Aterrada.)*—¡¡Dios mío!!...

AMARANTO. *(Como si hubiera oído a alguien imponiéndole*

silencio misteriosamente.)—¡¡Chichchst!!... *(A grandes zancadas se acerca a la primera puerta de la izquierdda y escucha.)*

VALENTINA. *(Temblando horrorizada.)*—¡Habla como él!.. ¡Anda como él!... ¡Qué miedo!...

AMARANTO. *(Avanzando hacia ella como un fantasma.)*—¡Valentináááá!...

VALENTINA. *(Sujetándose en un mueble para no caerse.)*—¡¡Ay!!...

AMARANTO.—¡¡He purgado mucho por tu culpa!! Y ahora...

VALENTINA.—¡¡No!!... ¡Piedad!... ¡Baja la voz!... ¡No pregones lo que nadie sabe!... ¡Olvida lo del Plantío!... ¡Perdóname!... Es que yo creí que tú no eras tú...

AMARANTO.—¿Por quén me habías tomado?

VALENTINA.—Por el otro... Yo creía que los muertos no volvían jamás. Yo creía que tú no eras tú... Que eras un vivo... Yo sólo veía en ti a Amaranto.

AMARANTO. *(Repitiendo su nombre como un eco.)*—¡Amarantóóóó!... El otro... Sí... Ya sé... Estoy en su cuerpo... El me nutre, él me sustenta, por eso deseo su bien... ¡Este es su cuerpo!... ¡Amarantóóóó!... ¡Cómo me gusta tu cuerpo!... Gracias a ti oigo, veo y palpo... ¡Mi pobre cadáver yace en tu tumba!... *(Secándose una lágrima y tomando de un jarrón unas flores.)* Valentina, llévale unas flores... *(Se las da.)*

VALENTINA.—Sí, Potentino, sí... Adiós... *(Inicia el mutis.)*

AMARANTO. *(Imperiosamente.)*—¡Aguarda!... *(Valentina se detiene más muerta que viva.)* Algo quiere decir a mi alma, el alma de mi cuerpo... *(Se estremece.)* Sí... ¡Ya!... *(Dialogando con emoción dramática.)* ¡Potentino!... —Di! —Yo tengo una hija. —Otra yo. —¡Ay!... —¡Qué! —Mi hija se ha enamorado de Amílcar de Selama. —Lo sé. —¡¡Potentinóóó!! —¡Habla! —Di a la madre de Amílcar, a esa mujer que fué tuya... —¡¡Calla!! —A esa mujer que fué rica porque tú le regalaste...

VALENTINA. *(Medio accidentada.)*—¡Silencio, por Dios!...

AMARANTO. *(Acudiendo a ella y dialogando como antes.)*—¡¡Calla te digo!!... *(Se estremece.)* ¡La infeliz está aquí y te escucha, Amaranto!... *(Abrazándola.)* La estoy abrazando con tus brazos: ¿no sientes nada?... *(Apretándola muchísimo.)* ¿Y ahora?... —¡Ahora bésala! —¡Sí! *(Besa a Valentina.)*

VALENTINA. *(Casi sin fuerzas.)*—¡Ay!...

AMARANTO. *(Como antes.)*—¿Qué más quieres, Amaranto? ¡Manda, que aquí estoy yo!...

VALENTINA. *(Zafándose.)*—¡¡No!!

AMARANTO. *(Como antes.)*—En el pecho...

VALENTINA.—¡¡No!!

AMARANTO. *(Nuevamente, como sonámbulo.)*—En el pecho los padres no cabe más que el amor a los hijos... Di a esa ujer que Celcina es un ángel y que Amílcar, casado con a, será el más feliz de los hombres. *(Estremeciéndose.)* Si opusiera... ¡Ah! Amenázala con contar a todos su se-eto...

VALENTINA.—¡No!

AMARANTO. *(Estremeciéndose.)* — ¡¡No!!... ¡¡Un Ortiz no ce eso!!

VALENTINA.—¡No es preciso!... ¡Yo juro que Amílcar se sará con esa mujer!

AMARANTO.—¡Ella lo jura!... ¡¡Vete!!... ¡Déjame!... ¡Mi-rable!... ¡Vete o abofeteo tu cara!... *(Se da una bofeta-.)* ¡¡Ah!!... ¡Sí, yo, yo!... ¡Yo he sido!... ¡Aaaaj!... *(Se tuerce como si se trabara una gran lucha en su interior, y ueda al cabo tranquilo.)* ¡Por fin!... Ya se fué... Me moles-pegarle, pero no tengo más remedio. Ahora calma, sosie-, tranquilidad; mucha tranquilidad.

PRODOSIA. *(Con* PULIDO, *en la puerta de la derecha.)*—Sí, quí está; háblale.

AMARANTO. *(Dirigiéndose a ella.)*—¡Hija!...

PRODOSIA. *(Conteniéndole con el ademán.)*—¡Quieto!... Le dicho cien veces que no quiero que me dé ese nombre.

AMARANTO.—Aún no has permitido que te abrace...

PRODOSIA.—Ni lo permitiré jamás. *(A Pulido.)* ¡Háblale!

PULIDO.—¡Señor Funguela!

VALENTINA.—¡No!... Ahora no es Funguela: ahora es Ortiz.

PRODOSIA.—¿También usted, señora?

VALENTINA.—¡Yo te aseguro...!

PULIDO.—*(A Prodosia y Valentina.)*—Un momento... ¡Se-or Funguela!...

AMARANTO. *(Digno.)*—Pepe Pulido y Cayuela, ¿por qué me lamas Funguela?

PRODOSIA. *(Con sorna.)*—¡Ah!... En este instante es usted l otro, ¿no? Ahora es usted Ortiz de alma y de cuerpo... Funguela.

AMARANTO.—¿Has dicho eso con segunda?...

PULIDO.—Mire usted, señor mío: con todos los respetos...

PRODOSIA.—¡No!... Con respetos, no. Déjame a mí. *(A Amaranto, muy engallada.)* Caballero... y le llamo así por-que lleva usted un traje de mi padre... A mi prometido le han desposeído de su cargo y le han echado inicuamente

de esta casa. Mi tío Mariano, que es un miserable, da mal informes de él para que no encuentre colocación en ningun parte y tenga que marcharse a América, para cuyo viaj está dispuesto a darle los medios necesarios.

AMARANTO. *(Amenazador.)*—¡Ah, Mariano!...

PRODOSIA.—Pero ni él quiere separarse de los suyos, n yo quiero que se separe de mí.

PULIDO. *(Amoroso.)*—¡Prodosia!...

PRODOSIA. *(Como antes.)*—Y a usted, que, por lo que se se ha erigido en amo y señor de esta casa, venimos a decirle: Caballero: a partir de este instante seremos sus mejores amigos o sus enemigos más encarnizados. Si uste nos ayuda a nosotros, nosotros secundaremos sus planes no nos opondremos a que se case usted con mi madre, ni que case usted a su hija con Amílcar; pero si no nos ayuda... ¡Ah!... Entonces...

AMARANTO. *(Echándose a llorar.)*—¡Ay!...

VALENTINA.—¡¡Llora!!...

PULIDO.—Sepa usted, caballero, que he hecho las averiguaciones oportunas y que he de seguir averiguando hast desenmascararle. Aquí tengo su partida de nacimiento. S que es usted de Cervera: un cerverano de lo más fresco Sé que ha tenido usted una agencia funeraria en Huesca Sé que luego ha sido usted periodista en Cuenca. Y sé también...

AMARANTO. *(Dejándose caer, llorando, en una butaca.)*—¡No puedo más!

VALENTINA. *(Acudiendo a él.)*—¡Potentino!...

PULIDO *(Extrañadísimo.)*—¿Eh?...

AMARANTO. *(Llorando.)*—¡Eres tú quien me hablas así Pepe!... Y tú quien le escuchas, Prodosia... Tú, a quien yo dije aquí mismo, aquella noche... la noche que te regalé ese anillo que llevas, porque me sacaste con unas pinzas aquella espina...

PRODOSIA. *(Asombrada.)*—¿Eh?...

AMARANTO.—Yo te dije: "tu marido será Pulido".

PRODOSIA. *(Dudando.)*—¿Pero?...

AMARANTO. *(Lloroso.)*—¡Crié cuervos y los cuervos me dejaron sin niñas! *(Levantándose de un salto: a Pulido.)* ¡Ingrato!... ¿Eres tú aquel que un día, siendo cobrador de mi casa, jugó y perdió en los altos del Colonial aquellas ocho mil pesetas?...

PULIDO. *(Aterrado.)*—¡Ay!...

AMARANTO.—¿Eres tú aquel que recibió de mis manos el dinero para que Gualterio, mi administrador, no te en-

iara a la cárcel, y Delicada, tu madre, no muriera de ergüenza?

PULIDO. *(Tembloroso.)*—¡Señor!... ¡¡Señor!!...

AMARANTO.—¡Ingratos!... ¡¡Fustra!!... *(A un gesto de úplica de ambos.)* ¡Fustra digo!... Aunque no merecéis ii protección, os protegeré, porque desde la otra vida he isto vuestro infortunio y he reencarnado para lograr uestra felicidad.

PRODOSIA.—¡Dios mío!

PULIDO.—¡Señor Ortiz!

AMARANTO.—¡Sí! ¡Lo mereces todo, Pepe! Has sabido umplir lo que me juraste el triste día de las ocho mil...)esde mis más allá oí que Prodosia una noche te propuso a fuga y que tú, más decente que ella, te opusiste.

PRODOSIA. *(Cayendo de rodillas ante él.)*—¡Perdón!... ¡Perdón!!...

AMARANTO.—¡A mis pies, no: a mis brazos! *(La levanta.)*

PRODOSIA.—¡¡Padre!! *(Se arroja en sus brazos.)*

AMARANTO.—¡¡Hija!!... *(Abrazándola.)* ¡Cómo estás!... Cómo estás de arrepentida!...

PULIDO.—¡Don Potentino!

AMARANTO. *(Uniéndolos.)*—¡Os perdono!... ¡Os quiero!...

CASTA. *(Con* MARIANO, *por la segunda puerta de la izquierda.)*—¿Eh?

MARIANO.—¿Qué?...

PRODOSIA.—(¡Jesús!)

PULIDO.—(¡Válgame Dios!)

MARIANO. *(Agresivo, violento.)*—¿Pero qué es esto?...

AMARANTO. *(Magnífico.)*—¡Esto es mi voluntad!

MARIANO.—¿Pero?...

AMARANTO. *(Como un Dios.)*—¡¡¡Mi voluntad!!!

CASTA. *(A Mariano.)*—¡Silencio!... *(Todos se inclinan acatando a Amaranto. Breve pausa.)*

AMARANTO. *(A Prodosia y Pulido.)*—Id con esa santa Valentina y poned unas flores en la fría tumba que guarda mis despojos. *(Queda en el centro de la escena con las manos juntas y en actitud de orar.)*

CASTA. *(A Mariano.)*—Puesto que ahora es Potentino, prepárelo todo para que suba y manipule en el Pluvi-Desiderio.

MARIANO.—Sí.

CASTA.—Avísame.

MARIANO.—Sí. *(Hace mutis por la segunda puerta de la izquierda mirando con rabia a Pulido y Prodosia, y diciendo.)* (¡Si él no fuera él!...) *(Vase.)*

VALENTINA. *(Haciendo mutis por la puerta de la derecha, suspirando.)*—¡Ay!... *(Mutis.)*

PULIDO. *(Que ha cogido unas flores, lo mismo que Prodosia, disponiéndose a hacer mutis.)*—(¡Es él!... ¡Sabe lo del Colonial!...)

PRODOSIA.—(¡Qué vergüenza!... ¡Oyó lo de la fuga!... ¿Habrá visto también lo otro?...) *(Se van por la derecha.)*

CASTA. *(Dulcemente, tras una pausa.)*—Potentino...

AMARANTO.—Hija...

CASTA.—Anda, ven, siéntate aquí...

AMARANTO.—En tus rodillas...

CASTA.—No.

AMARANTO.—¿No soy tu marido?

CASTA.—En espíritu, sí, porque tu alma es mía; pero el cuerpo que ahora la alberga... ¡ay!... es de otro, y ese otro... ¡ay! no tiene aún derecho a mis extremidades.

AMARANTO.—Tu voz es triste, Casta.

CASTA.—Es que tengo que hablar contigo de algo muy serio, porque mi situación es de lo más aflictiva, Potentino.

AMARANTO. *(Sentándose junto a ella.)*—Te escucho.

CASTA.—Mira, amor mío: tú, legalmente, socialmente, materialmente hablando, careces de personalidad; porque yo sé que tú eres tú aunque tú seas tú y el otro; pero los otros creen que tú eres otro y no tú, porque aunque tú seas tú y seas otro... ¿Me comprendes?

AMARANTO.—Yo, sí, amor mío; pero como la cabeza es del otro, le está empezando a doler. Porque es que del otro...

CASTA. *(Ruborosa.)*—Del otro quiero yo hablarte precisamente. *(A un gesto de Amaranto.)* ¡No te enfades!

AMARANTO.—Es que me figuro lo que vas a decirme. ¿Quieres casarte con él, no es cierto?... ¡Ay, si estos brazos fueran los míos!... ¡Te ahogaría! Pero son los del otro, que también te ama, y solamente tienen fuerzas para abrazarte. *(La abraza.)*

CASTA.—No te exaltes, Potentino: ese casamiento es lo único que puede legalizar nuestra situación a los ojos del mundo, porque casándome con él, cuando él sea él seré su esposa, como lo soy tuya cuando tú eres tú y seas tú tú, o seas tú él, estaré siempre al lado de mi marido.

AMARANTO.—Pero seremos dos y uno de los dos tiene que hacer el ridículo.

CASTA.—¡El! ¡No lo dudes!

AMARANTO.—Sí; tienes razón. *(Palpándose las sienes.)* Esta frente es la suya...

CASTA. *(Amorosa.)*—¡Potentino!...

AMARANTO.—¿Pero qué te dicen estos labios cuando él te habla por ellos, que tan pronto te ha convencido?

CASTA.—No sé; no sé... Es un sentimental... Se ve que ha hecho literatura en Cuenca... Me hace versos...

AMARANTO. *(Estremeciéndose violentamente.)*—¡Aaaah!...

CASTA. *(Levantándose.)*—¡Jesús!...

AMARANTO. *(Estremeciéndose de nuevo y haciendo toda clase de gestos raros.)* ¡Aaaaj!

CASTA.—¡Ya! ¡El otro!... ¡El que me vuelve loca!... ¡¡Sí!!...

AMARANTO. *(Después de una pausa: como si despertara de un sueño.)*—¡Casta!...

CASTA.—¡Amaranto!...

AMARANTO. *(En otro tono, con otro fuego, hasta con otros ademanes.)*—¡Matrona protuberante y reci-ancha, cuya espléndida robustosidad me enajena...

CASTA. *(Entregadísima.)*—No empieces, Amaranto...

AMARANTO.—¿Qué inefable deliquio experimento a tu lado? ¿Qué comezón hormigante me arrastra hacia tí?... ¡Hada de este castillo que a todos nos ha hadado!... No te amapoles; no bajes los ojos pudibundizada y ruborosa, y escucha la voz flexuosa y suave de este gran queredor, a quien tendrás que reciprocar.

CASTA. *(Sin fuerzas.)*—¡Amaranto!...

AMARANTO. *(Besándola.)*—¡Mi vida!

CASTA.—¡Por Dios!

AMARANTO.—Perdóname; pero no sé lo que hago. Este amor mío, primero me abellota y por último me abestia. ¡Qué! ¿Has decidido por fin lo de nuestra boda?

CASTA. *(Avergonzadísima.)*—Sí. Ya he hablado con Potentino, y el lunes veintitrés; de hoy en ocho...

AMARANTO. *(Loco de entusiasmo.)*—¡Ah!... *(Con los brazos abiertos.)* ¡Ah!

CASTA. *(Emocionada.)*—¡Va a versificar!...

AMARANTO. *(Fija la vista en el techo declama enfáticamente, al mismo tiempo que entran en escena por la segunda puerta de la izquierda* MARIANO *y* ATENEO *con* CEFERINO.)

—¡De hoy en ocho!... ¡De hoy en ocho!...
¡De hoy en ocho, Casta mía!...
¡De hoy en ocho!... ¡De hoy en ocho!...
¡De hoy en ocho!... ¡¡Qué alegría!!...

CASTA. *(Como antes.)*—¡Qué inspiración!... ¡Que no se la corten!

ATENEO.—¡Caray, qué poesía!...

AMARANTO. *(Variando de actitud.)*—¿Eh?

CASTA.—Se la han cortao.

AMARANTO. *(Saludando.)*—Caballeros...

MARIANO.—¿No está en Potentino?

CASTA.—Está en Funguela.

MARIANO.—No importa. Dice el señor Pringat que si la du lidad de almas es un hecho, tiene él, por lo menos una vez día, el flúido necesario para separarlas y adormecer a la qu no convenga.

CASTA.—Tal vez sea mejor aguardar...

MARIANO.—No: el Pluvi-Desiderio está listo. Cargadas la pilas, llenos los recipientes del líquido "ad-hoc". El cielo est sin nubes. Sólo falta llegar y graduar el gotómetro de acuer do con el ángulo de los sépalos. ¡Ay, si las manos de Fun guela, guiadas por el genio de Potentino, hicieran el mi lagro!...

CASTA.—Lo harán. *(A Amaranto, enfáticamente.)* ¡¡Poten tino!!

AMARANTO. *(Extrañado.)*— ¿Eh?... ¿Es a mí?

ATENEO. *(Como antes y echándole flúido con ambas manos.)* —¡A usted, Potentino Ortiz de Crochino!... *(Amaranto se es tremece.)* ¡Usted no es Funguela! *(Nuevo flúido.)* ¡Fungue la duerme!... *(Nuevo flúido.)* ¡¡Duerme!! ¡Usted es un Or tiz!... ¡Un Crochino! *(Amaranto vuelve a hacer los gestos visajes de siempre.)*

CASTA.—¡Ya!

MARIANO.—Sí. ¡Hermano!

ATENEO.—¡Silencio!...

MARIANO.—(¡Quiera la Santísima Virgen de la Cueva de Segrí, a quien él tenía tanta devoción!...)

ATENEO. *(Enfático.)*—¡Don Potentino!... Vaya usted a hacer llover... Lo mando!... *(Echándole flúido nuevamente.)* ¡El Pluvi-Desiderio le aguarda!... Suba... Manipule... ¡Que llueva!

MARIANO y CASTA. *(A un tiempo.)*—¡Que llueva!...

AMARANTO.—La Virgen de la Cueva...

MARIANO y CASTA.—¡¡Sí!!

ATENEO.—¡Pronto!... *(Amaranto inicia el mutis.)* ¡Vamos!... *(A los demás, que intentan ir tras él.)* ¡Quietos!... ¡El solo!... *(Nuevo flúido.)* ¡Vaya!... ¡Suba!...

AMADEO.—¡Sí! ¡Ah! ¡El pluvi! ¡Mi pluvi! Pluvis erit et pluvis reverteris... ¡Voy!

CASTA.—¿Y lloverá?

ATENEO.—El verá.

CEFERINO.—Ya verá.

MARIANO.—¿Llovera?

AMARANTO. *(Desde la segunda puerta de la izquierda.)*—) veré. *(Vase. Rumor de voces dentro.)*

CASTA.—¿Eh?...

MARIANO.—¿Quién?...

VALENTINA. *(Entrando por la derecha con* **JUAN, EVERILDA** FLORA.)—¿Pero es posible, Juan Cerro?

JUAN.—De los propios labios del infrasquito lo va usté a oí.)n el permiso de los señores. *(A Flora.)* Llégate a la cosina dile a Casado que venga, que están aquí los señores. *(Mu- de Flora por la primera puerta de la izquierda.)*

CASTA.—¿Pero qué sucede?

JUAN.—Un descubrimiento que ni er de Colón. Na; que er aile que se nos apareció aquella noche y que antes se le ha a aparecío en esta casa a to er mundo, es más verdá que lú.

MARIANO.—En eso estábamos, Juan.

JUAN.—Quiero desí que es un tío como usté y como yo.

MARIANO.—Mide las palabras, Juan.

JUAN.—Señó, entiéndame usté: que es una persona en car- y güeso mortá como tos los presentes, y un sirvengüensa r tamaño de un camión, pa que usté lo sepa. Casado, el e tenía antes las llaves de esta casa, ha traído la notisia y la van ustedes a oí con pelos y señales. Aquí está ya.

CASADO. *(Entrando en escena por la primera puerta de la quierda con* FLORA *y* EULOGIA, *que se quedan en el umbral.)*)n las venias... ¿Hay premiso?

MARIANO.—Sí, hombre, sí.

CASADO.—Pues adelante y mandalme. *(Un poco azorado.)* ienas tardes, y ustedes sigan bien.

CASTA.—Buenas tardes, Casado.

CASADO.—El honrao soy yo, y muchas gracias. Ya he visto ajo a la señorita Prodosia, que vaya hembra que se nos tá poniendo. Tiene a quien salí, que dichosa la rama que tronco sale, y usté es un tronco como pocos, leñe.

CASTA.—Bien, bien, Casado: basta. Aquí le han llamado ıra...

JUAN.—Sí, hombre: pa que nos cuente usté lo der fraile.

CASADO.—Un "ersabruto" ha sido, con su premiso.

CEFERINO.—¿Cómo?

CASADO.—Nada: Paco Canillas, un sobrino mío que he caído ldao, y que el viernes pasao que se fué, estando ya en la es- ción, va y me dice: "Tío Nemesio: yo sé una cosa que no la he podío contal a usté antes, ni puedo contasela ahora,

porque he dao palabra de no decilo; pero en cuanti que gue a Madrí le mandaré a usté un anónimo contándoselo t Y aquí está el anónimo. *(Saca un papel.)*

JUAN.—Traiga usté acá, hombre. *(Toma el papel.)* Ve ustede canela. *(Leyendo.)* "Querido tío Nemesio: La prese es el anónimo que le prometí. Tío: el fraile que se apar en el castillo de Valtablado de Beteta es Rumuardo Ma nez, el sobrino de doña difunta Geroncia Fernández, la ñora que cuidaba la finca..."

CASTA.—¿Eh?...

JUAN. *(Leyendo.)*—"Tío: ese Rumuardo es un sinvergüe muy grande, que lo que quiere es "espantal" a todo el mu para vivil él ahí tan ricamente con somieres y mosquitero hasta bañándose, como dicen que hacen los duques. Tío: noche que llegaron los señores estaba él en la casa tan tr quilo, y tuvo que dirse con el uniforme de fraile que le r a la compañía de Ricardo Purga cuando hizo "Don Alvar la fuerza del signo". Tío: nada más por hoy. Besos a la y a las primas, y como no puedo firmal porque esto es un a nimo, le abraza su sobrino que lo es: El soldado desconocid

CASTA.—¡Qué espanto!

VALENTINA.—Ya dije yo que para sombra me había pa cido demasiado espesa.

MARIANO.—¡Qué tío combinista, superchero!...

CASADO.—Sí, señor, un sinvergüenza, con el premiso ustés.

MARIANO.—¡Y sin permiso!

CEFERINO.—Pues a ese mozo hay que esperarle y hay darle dos estacazos en la cabeza.

ATENEO.—¡Ahí le duele!

CASTA. *(A Casado.)*—¿Conoce usted a ese Martínez?...

CASADO.—No, señora. Pero ahí en el anónimo de mi sol no hay una "posdarata" que dice quién es aquí la pers que lo debe de conocel.

CASTA. *(A Juan.)*—¿A ver, Juan?

JUAN. *(Que ha leído la postdata y se ha quedado de pieza.)*—Frío m'ha dejao a mí la posdarata, como dice é Porque, mardita sea la vigilia, se va a armar aquí un sup tango con la posdarata, que me río yo de la caraba, que una mula.

MARIANO.—Lee y déjate de tontunas.

JUAN. *(Leyendo.)*—"Item más: posdarata. Quien con bien a ese Rumuardo es don Funguela, que es el viudo cu cuense que iba a casarse con la difunta Geroncia y que vi

a ella en el castillo más de seis meses. *(Quedan todos de a pieza.)*

MARIANO.—¡Zambomba!

CEFERINO.—¡Re... pandereta!

CASTA.—¡Dios mío!

JUAN.—Claro: así sabe él aonde está to.

VALENTINA.—Y conoce tantas intimidades. Como Geroncia a la persona de confianza de todos...

ATENEO.—(¡Mare de Deu! ¡Quina plancha! ¡Yo no puedo arme esta plancha!)

CASTA. *(Temblorosa, llorosa.)*—¡No, no puede ser!...

JUAN.—Ahora me explico yo el por qué no quiere ir a Maí...

CEFERINO.—Claro: como aquella casa no le es conocida...

JUAN.—¡Valiente fresco!...

VALENTINA.—¡Qué canalla!...

CASTA.—¡¡No!!... ¡Se equivocan!... ¡Mariano!... ¡Defiénle!...

MARIANO.—Quisiera defenderle, Casta, pero no puedo: la da ha clavado también en mi pecho su garra de tigre. *(Disinuye un poco la luz.)* ¡Hay tantos sinvergüenzas en proncias!... Ahora, que a este grado de sinvergüencería y de finamiento no creí que llegara jamás ni uno de Cuenca ni o de Sevilla. Porque es que... Caramba..., si no puede ser...

CASTA. *(Más loca cada vez.)*—¡Y no puede ser, Mariano! Io puede ser!

ATENEO.—Tal vez tenga razón la señora.

TODOS. *(Interesadísimos.)*—¿Eh?

ATENEO.—Puede que no pueda ser. En esto de lo ultra-tecrico, el que más sabe anda a la tienta. Acaso por haber sido te hombre el prometido de la Geroncia y por haber vivido esta casa se fijó en él el alma de don Potentino, que fluc-aba por los alrededores.

CASTA.—Seguramente. *(Disiminuye más la luz.)* ¡Así ha do! ¡Así tiene que haber sido!... ¡Así quiero yo que haya do, aunque no haya sido! Ese hombre, como Potentino, como maranto, como lo que sea, se ha adueñado de mí, y es quien y lo que es, y será lo que quiera ser, porque quiero yo le lo sea.

VALENTINA.—¡Pero Casta!...

MARIANO.—¡Casta!...

CASTA.—¡Basta!...

MARIANO. *(A Valentina.)*—¡Se ha vuelto loca!...

VALENTINA. *(Suspirando amorosamente.)*—¡El amor la dis-

culpa, Mariano!... *(Apoyándose en él.)* ¡Si todas nos dejá mos llevar!...

MARIANO. *(Molesto.)*—¡No es momento, Valentina!

(Una ráfaga de viento abre impetuosamente las cristale del balcón.)

TODOS. *(Asustados.)*—¿Eh?...

MARIANO. *(Acudiendo al balcón.)*—¿Qué es esto?...

CEFERINO. *(Estupefacto.)*—¡¡Nubes!!

CASTA.—¡Dios mío!

MARIANO. *(Nerviosísimo, tembloroso.)*—¡Cielos!... ¡El ı vi funciona! ¡Acuden nubes de todas partes!

ATENEO.—Es verdad.

MARIANO.—¡Ah! ¿Quién habló de ficciones y engaños?... ¡ él! ¡El! ¡Potentino!

CASTA.—¡Qué felicidad!

ATENEO. *(En el balcón.)*—¡Una gota!

MARIANO.—¡Dos gotas!... ¡Muchas gotas!

CASTA....¡Qué triunfo!

MARIANO....¡Sí! ¡Porque es oro lo que cae! ¡Oro! ¡(triunfo!

ATENEO.—Ya se formaliza.

CEFERINO. *(A Ateneo.)*—¿Plou?

ATENEO.—Arrecia. *(Se retira del balcón secándose con pañuelo.)*

VALENTINA.—¡Jesús!

JUAN. *(Acercándose al balcón.)*—¡Atisa! Llueve y gran

EVERILDA. *(A Casta.)*—Señora: él viene.

CASTA.—¡El!...

MARIANO. *(Encantado.)*—¡El!

CASTA. *(Acudiendo a* AMARANTO, *que, erguido y satisfec simo, entra en escena por la segunda puerta de la izqui da.)*—¡Potentino!...

MARIANO. *(Avergonzado y sumiso.)*—¡Hermano!...

CEFERINO.—¡Viva Ortiz!... *(Todos contestan entusias dos.)*

CASTA.—¡Llueve! ¡Qué éxito!... *(Abrazándole.)* ¡Un ab zo! *(A los demás.)* Le abrazo porque es mi marido.

AMARANTO.—¡Casta!...

MARIANO. *(Besándole una mano.)*—¡Perdón! He dud de ti.

CASTA.—¡Yo, no! ¡Yo, nunca!...

MARIANO.—Nos contaron lo de las relaciones del cuerpo llevas con Geroncia...

AMARANTO. *(Estremeciéndose de verdad.)*—¡¡Aaaj!!...

MARIANO.—¡Perdón!... *(Ruido de una granizada espantosa.)*

VALENTINA.—¡Qué granizada!

EVERILDA.—¡Jesús!...

CEFERINO.—¡Qué granizos tan grandes!

ATENEO.—¡Caray! Mayores no los he visto ni en Barcelona.

VALENTINA.—Son como huevos de paloma.

ATENEO.—De gallina.

MARIANO.—¿Eh? *(Se acerca al balcón.)* ¡¡Cielos!!

VALENTINA.—¡Si caen como puños!... ¡Cierra el balcón!

FLORA.—¡Jesús! *(Cierra el balcón.)* ¡Qué miedo! *(Caen rotos dos de los cristales.)* ¡Ay!

EULOGIA.—¡Dios mío! *(Dentro se rompen muchos cristales.)*

CASTA.—¡¡La montera!!

MARIANO.—¡¡La claraboya!!

AMARANTO.—(¡La caraba!)

PRODOSIA. *(Demudada, entrando por la derecha.)*—¡Qué espanto! ¡Caen unos pedruscos tremendos!... Uno de ellos ha puesto en marcha el Citroën de Valentina...

VALENTINA.—¡Jesús!...

PULIDO. *(Por la derecha con* CELCINA *y* AMÍLCAR, *que se aplica el pañuelo a un chirlo.)*—¡Qué horror!... ¡Se desgajan las ramas de los árboles!... ¡Miren ustedes lo que cae! *(Arroja al suelo un granizo de medio kilo.)*

TODOS. *(Horrorizados.)*—¡Jesús! *(Un trueno.)*

VALENTINA. *(Cayendo de rodillas rezando.)*—Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal... *(Poco a poco se van arrodilando junto a ella y rezan con ella Everilda, Eulogia, Flora, Celcina y Amílcar.)*

CASTA.—¿Qué has hecho, Potentino? ¡Eso es que te has equivocado!

AMARANTO. *(Temblando.)*—¡Sí, sí: me he equivocado!

MARIANO.—¡Por lo que más quieras, hermano! Sube, gradúa el gotómetro! ¡Sálvanos! *(A Ateneo.)* ¿Qué ha hecho usted con ese hombre?

ATENEO. *(Aterrado.)*—¡Yo, nada!... ¡Nada!... *(Otro trueno.)*

AMARANTO.—(¡La he metido hasta el cuadril!)

VALENTINA. *(Con las demás mujeres.)*—Santo Dios... Santo fuerte...

CASTA.—¡Potentino! ¡Sube! ¡Para el aparato!...

AMARANTO.—¡Sí, sí; lo pararé!... *(Haciendo mutis por la izquierda.)* ¡Lo paro!... ¡Lo paro!... *(Vase.)*

MARIANO. *(A Ceferino, Ateneo y Juan.)*—Lo veo claramente. ¡No es él!... Es un sinvergüenza... Mi pobre hermana

está loca... Pero, ¡ah!, yo le quitaré la máscara; yo le ob garé a confesar que es un farsante. En mi último viaje Chicago compré veinte gotas del suero de la verdad. El b berá de ese sueño y nos revelará sus pensamientos más ocu tos... *(Suena dentro una explosión, seguida de un gran e trépito.)* ¡¡Ah!!... ¡¡Ha estallado el Pluvi-Desiderio ¡¡Casta!!

CASTA.—¡¡Mariano!!... Pero, ¿y él?... ¿Y él?... *(Amara to, maltrecho y tiznado, entra en escena tambaleándose y c al suelo pesadamente.)* ¡¡¡Ah!!!...

CELCINA. *(Acudiendo a él.)*—¡Padre!...

CASTA. *(Idem.)*—¡¡Muerto!!... ¡¡Otra vez muerto!!...

TELON





ACTO TERCERO

ı misma decoración de los actos anteriores. Es de noche. Todas las luces encendidas. Al levantarse el telón está en escena Flora, cerrando una maleta.

EULOGIA. *(Por la primera puerta de la izquierda.)*—Esıcha: ¿te han dicho si tengo que llevarme a Madrid algo e lo que se trajo recientemente?

FLORA.—Ha dicho la señora que ahora no nos llevemos ada; que ya ella mandará recoger las cosas.

EULOGIA.—¿Se van en automóvil?

FLORA.—Sí. Quiere la señora cenar a las ocho en punto ara salir pitando a las nueve. Nosotras nos iremos con Everilda y con Juan, en el tren de las diez y cuarto.

EULOGIA.—¡Ah! ¿Pero no vamos a dormir aquí esta noche?

FLORA.—Criatura: ¿Pero tú sabes cómo están los dormitoios de arriba? Como no ha quedado teja ni ladrillo sano y ay en todas partes un metro de granizos, que ahora empiean a derretirse, pues cada techo es una regadera y va a aber aquí goteras hasta Carnaval.

CASADO. *(Con* EVERILDA, *por la segunda puerta de la izuierda, transportando un baúl.)*—¡Ojo, Everilda!...

EVERILDA. *(Tropezando.)*—¡Que me mato!

CASADO.—No hay que caerse, señora, que a la edad de usté so es muy peligroso. *(Dejan el baúl en el suelo, cerca del oro.)* Ya sabe usté cuáles son las tres K que matan a los iejos: kaida, kalentura y kangrena.

EVERILDA.—(¡Qué brutísimo es!)

JUAN. *(Entrando en escena por la primera puerta de la izuierda, con media cabeza teñida de negro.)*—¡Oiga usté, ;verilda!

EVERILDA. *(Sofocando la risa.)*—¡Jesús!

EULOGIA. *(Idem.)*—¡Por Dios!...

FLORA. *(Idem.)*—¡Pero Juan!...

CASADO.—¡Mi madre!...

JUAN.—Mujé, no es cosa de llegá a Madrí con er pelo blanco, porque si me ven blanco y aluego me ven negro, va a sab to er mundo que soy de los tiñosos. ¿No me dijo usté qu había dos tarros de tinte en er tocadó der difunto?

EVERILDA.—Sí: el que estaba empezado y este otro: tom usté. *(Le da una media botella achatada y envuelta en u papel marrón.)*

JUAN.—Grasias: voy a rematá la faena. Ahora parezco y también dos personas como ese don... Trapisonda Funguel que mar tiro le den. *(Dialogando y presentando al públic unas veces el perfil teñido, y otras el sin teñir.)* Juan—Qué—Escucha—Di—Préstame diez duros—Que te los preste t padre, que es padre de tu cuerpo y de tu arma, y mardit sea tu arma y tu cuerpo—¡Ay!—¡Ya!—¡Sí!—¡Voy!—¡Va—Hasta luego. *(Se estremece y se va por la izquierda, pr mera puerta.)*

EULOGIA. *(Riendo.)*—Lo contento que está porque se v de aquí.

EVERILDA.—Claro, como todos...

CASADO.—¡Lo que me gustaría a mí irme con ustedes s quiera diez diítas!

EULOGIA.—Pues ande usted. Haga usted su equipaje...

CASADO.—¿Equipaje pa diez días? ¡Digo! Y en este tiempo, que ni se suda ni na. Eso ustedes las mujeres, que sei muy presumías.

EVERILDA.—(¡Qué bárbaro!)

CASADO.—Además, a mí me gustaría de ir porque teng allá dos hermanos: el artista y el melitar; uno que ha vení "condolesciente" de Melilla. Estaba en un "tambor" de l Policía endígena, le dieron un balso en una "escácaramuza" y cuando los médicos le levantaron el "apropósito", hala, l mandaron pa España.

JUAN. *(Por la primera puerta de la izquierda, más queme do que el humo. A Everilda, presentándole el tarro que ar tes se llevó.)*—¡Pero oiga usté, señora, mardita sea Mur llo!... ¿Este es er tarro que desía usté que era tinte?

EVERILDA.—¿Eh? ¿Pues qué es?

JUAN.—Un tónico, señora. Jarabe Graiño de rábano iodad

EVERILDA.—¡Jesús!

JUAN.—¡Mardita sean los rábanos y er primero que l sembró! ¿Me quiere usté desí qué hago yo ahora? Porque p

habé, no hay en la casa ni betún, ni tinta, ni na. *(Ríen.)* Ar que se ría le parto er corasón!!... ¡Mardita sea!... *fordiendo al aire, desesperado.)* ¡¡Acabá yo en berrendo en gro!!...

CASADO.—Oiga usté.

JUAN.—¿Qué?

CASADO.—¿Y con un corcho no haría usté nada?

JUAN.—Nada, so tío guasón. ¿Voy yo a í tiznado por ahí? Iardita sea mi sino lunático!

FLORA.—Venga usted conmigo. Vamos a ver si en el tocar de la señora hay algo que pueda servirle.

JUAN. *(Haciendo mutis con Flora, por la segunda puerta la izquierda.)*—¡Ojalá! Porque yo, antes que sé berrendo, e corto la cabesa. ¡Ay, si yo cogiera al fraile! *(Mutis.)*

EVERILDA.—¡El pobre!

EULOGIA.—Le advierto a usted que tiene razón. Yo siento uchísimo irme de aquí sin darle una buena tunda a ese omualdo, que tanto nos ha asustado.

CASADO.—Eso corre de mi cuenta. El le quitó el hábito a irga, pero lo va a purgá. *(Rumor de voces dentro.)*

EULOGIA.—Don Amaranto.

CASADO.—¡Atiza! Me voy, porque como se ha descubierto por mi culpa, dice que me va a dar una patada que me a desriñoná. Vámonos.

EULOGIA.—Sí.

EVERILDA.—Que esté todo listo para las ocho, ¿eh?

EULOGIA.—Sí, señora. *(Se van Casado y Eulogia por la prieera puerta de la izquierda.)*

AMARANTO. *(Entrando en escena con* CELCINA, *por la derea.)*—¡Calla!

CELCINA. *(Apenada, llorosa.)*—Nunca creí...

AMARANTO.—¡Te digo que calles!... *(A Everilda.)* Haga sted el favor de mandarme un vaso de agua, que tengo que omar bicarbonato. *(Everilda se inclina y se va por la izuierda, segunda puerta.)* Me ha sentado mejor esta tarde que comí como él que lo que comí como yo.

CELCINA.—No tiene nombre lo que ha hecho usted conmigo, adre. Si usted me hubiera dicho que todo era una farsa, e hubiera yo ahorrado muchísimos sustos y tal vez no huiera llegado a enamorarme de Amílcar. *(Avergonzada, susira y se seca una lágrima.)*

AMARANTO.—¿Pero de veras estás enamorada de Amílcar? *La acerca a sí con verdadera ternura.)*

CELCINA.—Sí, padre, sí. Yo comprendo que como hombre

es poquita cosa; pero es tan bueno y tan desgraciado... De de que nació, todo lo malo le cae encima.

AMARANTO. *(Muy convencido.)*—Entonces, será mi yerno.

CELCINA.—¡Padre!

AMARANTO.—¡Yo te lo aseguro!

CELCINA.—Agradezco sus buenos deseos; pero no me ha ilusiones. A pesar de su ingenio, dentro de un instante s brán todos quién es usted. Don Mariano posee un recurso i falible, que compró en los Estados Unidos y que le costó vei te mil duros.

AMARANTO.—¡Caracoles!

CELCINA.—Y lo va a emplear en usted, para que usted, d lante de todos, le diga a doña Casta que es un farsante un sinvergüenza indigno de su mano.

AMARANTO.—Todo eso se lo digo yo por menos dinero.

CELCINA.—No lo tome usted a broma, padre. Tengo mied En este instante están todos reunidos en el despacho pa acordar lo que van a hacer con usted cuando usted haga confesión.

AMARANTO.—No la hago. Me conozco muy bien, y te aseg ro que, a pesar del recurso infalible de don Mariano, no hago. Yo, hasta hipnotizado, realizo, instintivamente, lo q me conviene. Acuérdate de aquel día en el Circo, cuando On frof me hipnotizó con ocho o diez más, que al hacernos sent el calor me desnudé, como los otros; pero cuando nos di "vestirse, que hace frío", me puse el traje del de la derech que estaba nuevo, y el abrigo del de la izquierda, que e de pieles. Tú no te preocupes.

CELCINA.—Por Dios, padre, que...

AMARANTO.—Escucha: ¿Prodosia está en esa reunión?...

CELCINA.—Sí.

AMARANTO.—Pues anda, llámala; dile que tengo que habl con ella urgentemente. Prodosia es una muchacha intelige tísima, enamorada, como tú, y con el novio en el alero, co tú, y puede hacernos muchísimo bien.

CELCINA.—Sí; voy.

AMARANTO.—Aquí mismo la espero. *(Vase Celcina por puerta de la derecha.)* ¡No!... ¡Otra vez en la calle, cara la vida, no! ¡Otra vez a vivir de la gacetilla y del sable, n Lucharé y venceré. Casta me gusta y me conviene. Amílc le conviene, y no sé cómo le gusta a mi hija, y yo consig a la una y al otro o me vuelvo a tirar al río donde no teng pie, con una piedra de dos arrobas en cada pie. *(Llevándo las manos al estómago.)* ¡Caracoles, lo que tarda la del agu

Tengo desde hace días unas acedías... *(Rumor de voces dentro.)* ¿Eh?...

PULIDO. *(Entrando en escena por la derecha, con* AMILCAR, *que viene calado hasta los huesos y hecho una verdadera sopa.)*—Vamos: aquí hay buena lumbre. Venga usted, hombre de Dios.

AMILCAR.—¡Uf!...

AMARANTO.—¿Qué ha sido?

PULIDO.—Este, que se ha dado un baño... Fuimos a recoger su Citroën, que estaba en las "quimbambas", y al llegar de vuelta al jardín, como está todo tan obscuro, porque no ha quedado una bombilla ni una farola en dos leguas a la redonda, éste, creyendo que arrimaba al primer peldaño de la escalinata, arrimó al pretil de la fuente, saltó del coche y, cataplum, al pilón.

AMARANTO.—¡Atiza!

PULIDO.—Por poco se ahoga, porque como el pilón es bastante hondo...

AMILCAR.—¡Uf!... ¡He pasado un susto!... *(Estornuda.)* Y, además, creo que he pescado algo. *(Vuelve a estornudar.)* Ya lo creo que he pescado... *(Buscando el pañuelo saca la gorra de un bolsillo de la gabardina y cae al suelo medio litro de agua, mojando a Amaranto.)* ¡Mi madre!...

AMARANTO.—Hijo mío, que salpicas...

AMILCAR.—Cada bolsillo es un aguaducho. Como es tela impermeable... *(Metiendo la mano en el bolsillo de la derecha y sofocando un grito.)* ¡Ah!... ¡Mi abuela!... ¡¡Un pez!!... *(Saca un pez rojo.)* ¡Y de color! *(Ríen.)* ¡Qué cosa más ridícula!... Caramba, no decírselo a nadie, porque luego la gente se ríe de mí. *(Tira el pez a la chimenea.)*

CELCINA. *(Entrando en escena por la derecha, muy nerviosa.)*—¿Dónde está?... ¿Dónde está?... *(Al ver a Amílcar.)* ¡Ah!... ¡Amílcar!... ¿Qué te pasa? ¿Qué ha sido?

AMILCAR.—Nada, mujer: no te asustes. Un chapuzón sin importancia. Ya me ves que estoy aquí, tan bueno y tan contento.

AMARANTO.—Y riéndose de los peces de colores.

CELCINA.—Sube en seguida a tu cuarto, desnúdate y da la ropa para que te la sequen al fuego.

AMILCAR.—Sí, porque si no... *(Estornuda.)*

CELCINA.—¡Jesús! Tú has pescado algo...

AMILCAR.—No, no: que te digan éstos. *(Iniciando el mutis por la segunda puerta de la izquierda.)* Caramba, estoy de agua que... *(Tropieza con* FLORA, *que entra por esa misma puerta trayendo un vaso de agua en una bandeja.)* ¡Uf!...

FLORA.—¡Ay! Perdón... ¿El agua era para usted?
AMILCAR.—¿Para mí?... ¡Malhaya sea!...
FLORA.—Perdone. *(Entrega el agua a Amaranto y se va por la izquierda.)*
AMILCAR.—Hasta luego. *(Vase.)*
CELCINA.—(¡Qué desgraciadísimo es!)
AMARANTO. *(Que ha tomado un comprimido de bicarbonato y ha bebido un buche de agua. A Celcina.)*—¿Qué te dijo Prodosia?
CELCINA.—Que venía en seguida. Ahí la tiene usted.
PRODOSIA. *(Entrando en escena por la derecha. Al ver a Pulido.)*—¡Ah! ¿Estás aquí? Lo celebro muchísimo. Ahora mismo iba yo a llamarte.
PULIDO.—¿Qué sucede?
PRODOSIA.—Pues lo que temíamos. Que de nuevo el tío Mariano se opone a nuestras relaciones. ¡Ay! Tenía usted razón hace un instante, señor Funguela. Su suerte de usted estaba estrechamente ligada a la nuestra. Si usted hubiera podido seguir adelante su farsa, nosotros hubiéramos conseguido también nuestro deseo y nos hubiéramos casado con el consentimiento de todos. Pero ahora... ¡Qué pena! Mucho me fastidia la presencia de usted, porque no puedo olvidar la ridícula escena que me obligó usted a hacer esta tarde cuando caí en sus brazos llamándole padre... ¡Estúpido!...
AMARANTO.—¡Señorita!...
PULIDO.—¡Yo lo digo también! ¡Estúpido!
AMARANTO. *(A Pulido.)*—Con usted no estoy yo hablando.
PRODOSIA.—¡Antipático! Que es usted un antipático... Pero antipático y todo, ojalá el Pluvi-Desiderio hubiera hecho llover y no granizar, y ojalá siguieran creyendo todos que usted era usted y mi padre, en una pieza. Otra sería ahora mi situación.
PULIDO.—Y la mía.
CELCINA.—Y la de todos.
AMARANTO.—¿Y no podría haber un arreglillo?
TODOS.—¿Eh?
AMARANTO.—Porque como Pringat, que es tonto, quiere sostener su punto de vista, y Casta, que es lo único importante, está de mi parte... Continuando yo el engaño...
PRODOSIA.—No es posible. Antes de una hora le habrán hecho tomar a usted el suero de la verdad, y usted nos habrá contado a todos la verdad de su vida.
AMARANTO. *(Tembloroso, lívido.)*—¿Eh? ¿El suero de la verdad?... ¡Qué horror!... ¡Estoy perdido!...
CELCINA. *(Asustada.)*—¡Padre!...

AMARANTO. *(Abrazándola.)*—¡Hija!...

CELCINA.—¡No lo tome usted! ¡Huyamos!

AMARANTO.—¿Y la huída no sería también una confesión?

CELCINA.—¡Entonces no coma nada, ni beba nada!...

AMARANTO. *(Protestando.)*—Hija mía, poco a poco. Para so no vale la pena... La huelga del hambre da muy malos esultados. Acabas por comer, y cuando comes tienes ya el stómago hecho cisco. ¡Ay, si ustedes me ayudaran!... *(Pulio y Prodosia se miran, dudando.)* Porque yo fingiría que el uero me producía el efecto correspondiente y confesaría la erdad.... una verdad que nos conviniera a todos. Nada de ualidades de almas ni de tonterías: otra cosa más sencilla, orque... *(Como iluminado.)* ¡Ya lo creo!... ¡¡Sí!!... Como lla... ¡Me estoy viendo! ¡Qué momento tan cumbre!... *(A Prodosia.)* ¿Cuándo me van a dar el suero?

PRODOSIA.—Dentro de un instante: en el aperitivo. Como es ostumbre servirlo a esta hora y usted toma siempre media opa de vermut y luego unos buches de agua, el tío Mariano, e las veinte gotas de suero que posee, va a verter cinco en l agua y otras cinco en el vermut de usted, reservándose las estantes por si la prueba de esta tarde le falla.

AMARANTO.—Pues le va a fallar. Porque si ustedes quieren arse la broma de casarse el Domingo de Carnaval, que es entro de un mes, tiene usted, Prodosita, que hacer dos cosas: arle el cambiazo a mi vermut y a mi vaso de agua y tirar as diez gotas de reserva para que no intenten de nuevo el xperimento.

PRODOSIA. *(Indecisa.)*—Pero...

AMARANTO.—En serio: sinceramente: cartas boca arriba. Díganme ustedes, que voy a hablarles como si, en efecto, hubiera tomado el suero de la verdad. Yo, a pesar de todos mis maquiavelismos, soy un hombre de corazón. Casta es una santa; la quiero; ella me corresponde, y deseo que su mano cierre mis ojos el triste día de la liquidación. Es muy rica: lo sé; pero yo declaro solemnemente que no manejaré su fortuna. Aunque soy más hacendista que Castedo, renuncio desde ahora a ese honor. *(Conmovido.)* ¡Prodosia!... ¡Pulido!... Si ustedes me ayudaran a lograr mi felicidad y la de mi hijita...

CELCINA. *(Como antes.)*—¡Padre!

AMARANTO. *(Abrazándola de nuevo.)*—¡Hija!... *(Solemnemente y poniéndole una mano en la cabeza.)* ¡¡Por ella, evangelio de mi vida, juro a ustedes que todos seríamos felices y que siempre y en todo momento, Amaranto, Funguela y Guilloto sería para ustedes un padre y un defensor!! *(Pausa.)*

PULIDO. *(Anhelante.)*—¡Prodosia!...

CELCINA. *(Cayendo a sus pies de rodillas.)*—¡Prodosia!...

AMARANTO. *(Suplicante.)*—¡Prodosia!

PRODOSIA. *(Resuelta.)*—¡Daré el cambiazo!

CELCINA.—¡¡Gracias!!

PRODOSIA.—Sinvergüenza por sinvergüenza, prefiero éste a tío Mariano.

AMARANTO.—A pesar del insulto, le digo, agradecidísimo que acabo de erigirla un altar en mi corazón. ¡Gracias!.. *(A Celcina.)* ¡Hija!...

CELCINA. *(Abrazándole.)*—¡Padre!

AMARANTO.—¡Amigo Pulido!... Para usted, para Amílcar y para mí arderá muy pronto la tea marital. *(Rumor de voces dentro.)* ¿Eh?...

PRODOSIA.—¡Ellos vienen!... Márchense hasta que les avisen.

AMARANTO.—Sí. Quedamos entonces, Prodosita, en que...

PRODOSIA.—En que puede usted beber tranquilamente. Yo misma le serviré el aperitivo.

AMARANTO.—¡Gracias!

PRODOSIA.—Y a ver qué dice usted que parezca verdad.

AMARANTO.—¡Que lo sea! Porque diré que es usted un ángel.

PRODOSIA.—¡Cobero!

AMARANTO. *(Haciendo mutis por la primera puerta de la izquierda con Celcina.)*—¡Hija!...

CELCINA.—¡Padre!...

AMARANTO. *(A media voz.)*—Te casarás...; y no se lo digas a nadie, pero casaré también a tus siete hermanas. *(Se van.)*

PRODOSIA. *(A Pulido.)*—Pepe, mucha prudencia, por Dios.

PULIDO.—Descuida...

CASTA. *(Entrando por la derecha con* VALENTINA, MARIANO, ATENEO *y* CEFERINO.*)*—Eso no, Mariano. Yo ahora y siempre haré mi santísima voluntad.

MARIANO. *(Al ver a Pulido.)*—¿Eh?... ¿Otra vez? Creí que se había usted marchado... Afortunadamente, regresamos esta noche a Madrid y allá tengo sobrados medios para impedir las visitas que no son de mi agrado.

PULIDO.—Yo esperaba, señor Ortiz...

MARIANO.—De nosotros no tiene usted nada que esperar. Dilo tú, Casta.

PRODOSIA. *(Suplicante.)*—¡Mamá!...

CASTA. — Recuerda, Mariano, que Potentino, por boca de Amaranto...

MARIANO.—¿Pero es posible, Casta, que después de lo que has visto y has oído creas en las patrañas de ese industrioso garambainista, quimereador y sinvergüenza?

VALENTINA.—¡Claro!

Mariano.—La misma Prodosia, a pesar de lo que le convenía, no creyó jamás en que ese felón fuera a ratos su padre. Dilo tú, Prodosia.

Prodosia.—En efecto.

Mariano.—¿Estás oyendo?

Casta.—Pues tú te hubieras dejado cortar una mano, y don Ateneo y Ceferino dudan aún...

Mariano.—Después de la plancha que se han tirado, no quieren dar su brazo a torcer; pero en su fondo... Dilo tú, Ceferino. *(Pausa.)* Callas, ¿eh?

Ateneo.—Científicamente, señor Ortiz...

Mariano.—A mí me deja usted de monsergas, amigo Ateneo. Yo he hecho, lo mismo que ustedes, el indio, el oso y el corista de opereta, y lo confieso, qué diantre. ¡Estaba ciego!... El cariño a mi pobre hermano me nublaba, me oscurecía! Pobre Potentino!... ¡Y lástima de aparato! Ahora sí que no... *(Furioso.)* ¡Canalla!... ¡Ah! Pero le haré confesar su falsía delante de todos. *(A Casta.)* A ti se te caerá la venda, y yo podré ejecutar mi venganza. *(Haciendo sonar un timbre.)* A ver, que traigan los vermuts.

Casta.—Tiemblo ante ese momento.

Valentina.—Desimpresiónate, Casta. El amor de ese hombre es en ti como una escoria.

Casta.—Pues de esa escoria no puedo rebañarme el corazón.

Everilda. *(Por la izquierda, segunda puerta.)*—¿Señora?...

Mariano.—El aperitivo.

Everilda.—Ya Flora lo estaba preparando, según costumbre...

Mariano.—Diga a Juan que coja de donde sabe el tarrito que ya conoce y que lo traiga.

Everilda.—Sí, señor. *(Mutis por la segunda puerta de la izquierda.)*

Ateneo.—Ardo en deseos de ver aplicar el famoso invento de Chuldi. Creo que recientemente, en Detroit, se han hecho por Wilkinson, el famoso policía, unas pruebas magníficas.

Mariano.—Una sola gota obliga a la persona que la ingiere a decir durante unos minutos cuanto piensa y cuanto siente. Varias gotas producen unos efectos verdaderamente extraordinarios. A un francés, un tal Renato Grovon, le hicieron beber once gotas para que contara la verdad de su vida, desde niño, y, en medio del asombro de todos, se arrancó diciendo: "Yo no soy hijo de mi padre; yo soy hijo de Sidi-Gali-Ben, un argelino que vendía vainillas en Marsella... Conocía hasta la verdad de su prehistoria.

Ceferino.—Parece mentira que la scopolarnina mezclada con

agua produzca unos efectos tan sorprendentes. *(Por la segunda puerta de la izquierda entra en escena* FLORA, *trayendo en una bandeja cuatro "vermouths", una conchita con aceitunas y un vaso de agua.)*

MARIANO.—Póngale aquí sobre esta mesa. *(Flora deja el servicio sobre la mesa que le indican.)* Y haga el favor de decir a Juan que le estamos aguardando.

FLORA.—Sí, señor. *(Al iniciar el mutis por la segunda puerta de la izquierda.)* Aquí está ya.

JUAN. *(Entrando en esena.)*—¿Qué pasa?... *(Trae puesta la boína roja de manera que se oculta toda la parte de la cabeza que tiene sin teñir.)*

FLORA.—Don Mariano que preguntaba por usted.

MARIANO. — ¡Atiza! Gorrochati-gundinzarra-echarandi-gondincondinchea.

JUAN. *(Quitándose la boína y volviéndosela a poner.)*—Dispensá la boína, pero es que me tapa er "berrendaje".

VALENTINA.—¡Jesús!

CASTA.—¡Qué horror!

JUAN.—Hasta que llegue a Madrí y pueda igualá... ¡Maldita!...

MARIANO.—¿Traes el frasquito?

JUAN.—Sí, señó; tome usté.

MARIANO.—Abrelo.

PRODOSIA.—Por Dios, no vayan a venir...

JUAN. *(Intentando infructuosamente abrir el cuentagotas de cristal que sirve de tapón al frasco.)*—No hay cuidao; están los dos hasiendo el equipaje.

MARIANO.—¿Pero qué equipaje ni qué narices, si cuando vinieron no trajeron más que una bufanda y un "manferland"

JUAN.—Pues solamente don Amaranto ha llenao ya tres baúles grandes.

MARIANO.—¡Casta!...

JUAN.—Dise que en Madrí hay que presentarse bien...

MARIANO.—¿Pero piensa ir a Madrid?... *(Nerviosísimo.)* A ver, pronto, las gotas. Echa cinco en el vermut y otras cinco en el agua.

PRODOSIA.—Me parece que hay mucha agua en este vaso y como sólo bebe un par de buches...

PULIDO.—Sí; cuanto menos agua, el suero obrará más intensamente...

PRODOSIA.—Dame aquel otro vaso para vaciar... *(Por el vaso que sirvió antes a Amaranto para tomar el bicarbonato. Pulido se le acerca; ella vierte en él un poco de agua y Pulido vuelve a poner el vaso donde antes estaba.)*

JUAN. (*Que ha seguido intentando abrir el frasquito.*)—¡Mardita sea la vaselina!... ¡Esto no lo abre ni Uzcudun!

MARIANO.—Caliéntalo un poco.

JUAN.—Es verdá. (*A Ateneo.*) ¿Tiene usté ahí er mechero?...

ATENEO. (*Dándoselo.*)—Tome.

JUAN. (*Enciende el mechero, aplica la llama al gollete del tarro y luego lo apaga, lo cierra y se lo guarda, diciéndole a Pringat, que lo mira de mala manera.*)—¡A mí uno de Lérida!... (*Abriendo el frasquito, mientras que Pringat se rasca la barba, por hacer algo.*) Vualalá.

PRODOSIA.—Venga. (*Toma el tarro.*)

MARIANO.—Con cuidado, Prodosia.

PRODOSIA.—Sí. (*Rodeada de Mariano, Juan, Ateneo y Pulido, echa cinco gotas en una de las copas de vermut.*)

CASTA. (*A Valentina.*)—Tiemblo, Valentina. Si Amaranto es, en efecto, un farsante; si ha entrado aquí con fines malévolos; si no es el pasional que yo soñaba..., qué sé yo, pero creo que me costará la vida.

CEFERINO. (*Que se ha deslizado hasta colocarse junto a Casta.*)—Calma, Castita, calma... Hay muchos hombres en el mundo... Si él no es digno de su cariño, otro lo será... (*Se separa de ella mirándola tierna y románticamente.*)

CASTA. (*Asombrada.*)—¿Has oído?...

VALENTINA.—Siempre tuviste gancho, Casta. ¿Qué digo gancho? Arpón.

PRODOSIA.—Ahora echaré en el agua... (*Hace un mal movimiento y vierte en el agua todo el contenido del frasquito.*) ¡Jesús!... ¡Lo he vertido todo!...

MARIANO.—¡Pero mujer!...

PRODOSIA.—¡Bah! Mejor. Con eso nos dice, como el francés, si es hijo de Funguela o es también argelino.

MARIANO.—Pondremos su copa fuera de la bandeja, para que no haya confusiones... (*Lo hace.*)

PRODOSIA.—Y menos mal que no ha variado de color. (*Tomando en cada mano una copa y mirándolas al trasluz para comparar.*) Nada: exactamente iguales. (*Fingiendo un poco de susto.*) ¿Vienen? (*Todos miran hacia la izquierda, y ella aprovecha el instante para cambiar las copas.*)

PULIDO. (*Que no ha quitado ojo.*)—(¡Ya!... Lo del agua es más difícil.)

PRODOSIA.—Me parece que hay poca agua en el vaso y temo que le escame. Echaré un poco más... (*Toma el vaso, se acerca adonde está el otro, manipula hasta dejar a los dos con la misma cantidad de líquido, da el cambiazo y coloca en la bandeja el vaso sin suero.*) ¡Listo!

Pulido. *(Como antes).*—(¡Lo bien que me va a engañar mí esta criatura! Es listísima.)

Mariano.—Juan, llama a esos miserables. *(Juan hace m tis por la primera puerta de la izquierda.)*

Casta. *(Ofendida.)*—¡Mariano!...

Mariano.—¡Miserables, sí!... ¡Falsarios!... ¡Hipócritas!. Lo que yo odio más en el mundo: la mendicidad y la hipocr sía. No le defiendas, porque no está bienquisto, Casta. Aho se te caerá la venda de los ojos y la del corazón.

Valentina.—Tampoco yo puedo defenderle. ¡Eso de quer casar a su hija con mi Amílcar!... Y a propósito, ¿qué es Amílcar?

Pulido.—Ahora vendrá. Le estarán secando la ropa, po que se mojó un poco... Le suceden tantas peripecias...

Valentina.—Sí: el pobrecillo...

Mariano.—A mí me recuerda su Amílcar a aquel Elizald primo de usted, desmirriadillo y carniseco, que andaba sien pre a trompicones, aquí me caigo, allá me levanto...

Valentina. *(Nerviosa, deseando variar de conversación.)*- Yo creo que vienen...

Mariano.—Pues que nos cojan hablando de cosas vulg res... *(A Ateneo.)* Diga usted algo vulgar...

Ateneo. *(Que está quemadísimo.)*—Yo no digo vulgarid .es, señor Ortiz.

Mariano. *(Alzando mucho la voz.)*—Pues sí; la falda cort la protegen los curas, porque gracias a ella no los confunde ya con las señoras.

Amaranto. *(Por la primera puerta de la izquierda, seguid de* Celcina *y* Juan. *Celcina viene un poco asustada.)*—M llama Juan con motivo del aperitivo, y lo agradezco, porqu como hace fresco, lo apetezco.

Mariano.—(¡Qué cínico!)

Prodosia.—Pues yo misma tendré el gusto de ofrecérselo usted...

Amaranto. *(Rendidamente.)* ¡Oh!...

Prodosia.—Aquí tiene usted su copa y ahí su agua...

Amaranto. *(Tomando la copa de manos de Prodosia.)*—M les de gracias, Prodosia.

Casta.—(¡¡Virgen Santa!!)

Amaranto.—Voy a tomar antes una aceituna... *(Pinch una aceituna y se la come.)*

Prodosia.—No sabía que le gustaban...

Amaranto.—Me gusta todo lo heterogéneo, y la mezcla d anchoísmo y del aceitunamen me deleita.

PRODOSIA. *(Dando una copa de vermut a Mariano y otra a ferino.)* Tío... Don Ceferino...

CEFERINO.—Gracias.

PRODOSIA. *(A Ateneo, ofreciéndole otra copa.)*—Don Ate-)...

ATENEO.—No; yo soy abstemio. Yo, una aceitunita y un quito de agua... *(Se enreda con las aceitunas. Todos están ndientes de lo que hace Amaranto. Prodosia ofrece a Pulido copa de vermut que no quiso Ateneo.)*

CASTA. *(Temblando, al ver que Amaranto se lleva a los las la copa.)*—(¡Ya!... ¡Dios!...) *(Al ver que se bebe más de mitad.)* (¡Consumatum est!)

MARIANO.—(¡Por fin!) *(Bebe más de la mitad de su copa y pone sobre la mesa.)*

CEFERINO. *(Apurando su capa.)*—(¡Ahora va a ser ella!)

MARIANO. *(A Amaranto.)*—No hemos ofrecido a su hija...

AMARANTO.—Pues le gusta, le gusta... Yo suelo darle algus veces un poquitín... *(Ofreciéndole a Celcina lo que ha edado en su copa.)* Toma...

TODOS. *(Casi con el aliento.)*—¿Eh?

AMARANTO.—Anda.

CELCINA. *(Apurando la copa, un poco escamada.)*—Gras...

CASTA. *(Aparte a Valentina.)*—¡Esto es demasiado!...

VALENTINA.—Así sabremos del pie que cojea la niña.

JUAN.—También yo apuro siempre la cortina que deja mi io. ¡Qué cosas de más grasia tienen los madrileños! ¿Misté que llamá a esto cortina?... *(Bebe la que dejó don Mano en su copa.)*

AMARANTO. *(Recogiendo de manos de Celcina la copa y poéndola en la bandeja.)*—Ahora un poquito de agua... *(Bebe.)*

CASTA.—(¿Qué saldrá de sus labios, Dios mío?)

ATENEO. *(Bebiendo del vaso que contiene el suero: A Cefeio.)*—Está saturado, porque el vaso tenía una cantidad...

CEFERINO.—Hace efecto a los siete minutos, ¿no?

ATENEO.—¡Con la dosis que ha ingerido!...

AMARANTO. *(Estremeciéndose y quejándose estomacalmen-)*—¡Ay!... *(Hace contorsiones.)*

TODOS.—(¡Ya!) *(Quedan todos pendientes de lo que hace naranto.)*

PULIDO. *(Aparte a su novia, secándose el sudor.)*—¡Prodo-i!... ¡Qué espanto, Dios mío!...

PRODOSIA.—¿Qué pasa?

PULIDO.—Que Pringat ha bebido agua de la del suero, y que o de nosotros se ha tomado el vermut de las gotas.

PRODOSIA. *(Aterrada.)*—¡Jesús!

PULIDO.—Si he sido yo, Prodosita de mi alma, y si digo a de una tal Dolores Martínez, no me creas, que es mentira

PRODOSIA.—¡Sinvergüenza!

AMARANTO. *(Rompiendo a reír.)*—¡Jájájájájájá!...

MARIANO.—¡Ya!...

AMARANTO.—Me río de que he engañado a estas pobres m jeres de una forma que, vamos, desembarcan en cualqu playa del Celeste Imperio y dice la gente: en la playa h tres chinas más. *(Vuelve a reir.)* ¡Qué risa!... Para que tronchen los hepáticos... *(Riendo.)* Yo... el otro... Ahora é Luego yo... Después los dos... *(Remedando muy grotes mente su diálogo del segundo acto.)* ¡Potentino! —¡Amar to! —¡Oye! —¡Qué! —¡Mira! —¡Di!... —¡¡Qué sinvergü za soy!!

PULIDO.—(¡Qué cómico!)

JUAN.—(¡Qué tío!)

ATENEO.—(¡Qué plancha!)

MARIANO.—(¡Qué triunfo!)

CEFERINO.—(¡Qué torta!)

CASTA.—(¡Qué horror!)

AMARANTO. *(En otro tono.)*—Porque, claro, como yo sa por Geroncia todo género de intimidades, conocía lo de la c mortuoria, y lo que yo quería era acercarme a Casta... *(rio.)* ¡A Casta!... *(Dramático.)* ¡¡A Casta!!... ¡Al imán mi vida!... ¡Al norte de mi ruta!... ¡Al faro de noche!... ¡ amor de mi alma!!... *(Todos se miran extrañados.)*

CASTA. *(Anhelante, temblorosa, emocionada.)*—¡Ay!...

AMARANTO. *(Solemne.)*—Porque yo adoro a Casta desde cinco de enero de mil novecientos cuatro.

CASTA.—¿Eh?...

VALENTINA.—¡Qué suerte!

AMARANTO. *(Como si luchara consigo mismo.)*—¿Pero qué digo yo esto? ¿Qué poder infernal me obliga a confes coram populo, el secreto de mi existencia?... ¡Ah!... ¡Sí ¡Lo diré!... ¡¡Lo diré!!...

PRODOSIA.—(Morano está en ridículo.)

AMARANTO.—Era la víspera de Reyes. Entré yo en el zar de la X con mi Celcina...

CELCINA.—¡Padre!...

AMARANTO. *(Abrazándola.)*—¡Hija!... Y con otra herman suya que ¡ay!, ¡cuán lejos está!... Yo no podía compra juguetes. No tenía dinero... Me acerqué con ellas a las vi nas donde se exponían las muñecas... Mis pobres niñas contemplaban arrobadas... Esta exclamó con acento de

lo: "Padre, nosotras no tenemos muñecas... ¡No las hemos ido jamás!..." De mis ojos brotaron dos lágrimas de do-. Entonces, una señora, un hada, una madonna que estaba cargando de paquetes a unos criados, volvió el rostro, se . no sé si en mis niñas o en mis ojos, y entornando compa-ida el topacio de sus párpados, se acercó a nosotros, di-ndo con una voz que hubiera envidiado el céfiro: "Exten-!, hijitas, vuestras manos y ya veréis cómo tenéis muñecas." lepositó en los bracitos de mis hijas una charra y una pa-ga irrompibles. ¡Ah!... Desde aquel día yo te adoro, Casta, que fuiste tú... ¡¡Tú!!... ¡¡Sí!!...

CASTA. *(Emocionadísima.)*—¡Dios mío!...

AMARANTO.—Desde aquel día, mi cerebro se ha poblado so-iente de tu recuerdo... Desde aquel día, pálido y ambarado, llamo y te anhelo... *(Sublime.)* ¡Casta, sábelo!... ¡Sabedlo os!... ¡Es mi verdad!... Yo me acerqué a Geroncia para Geroncia me hablase de ti... Yo me suicidé cuando ella rió, porque creí que ya no podría acercarme a ti nunca... , moribundo y estertoroso, volví a la vida, porque ideé esta sa para llegar a tu lado... ¡Perdóname, Casta, pero áma-!... Porque si tú no me amas; si tú me arrojas de tu lado, mataré... ¡Me mataré!... ¡¡Me mataré!! *(Queda jadeante.)*

CASTA. *(En un grito sollozante, como para que se dé de a en el Sindicato María Guerrero.)*—¡Amaranto de mi a!...

AMARANTO. *(Cayendo en sus brazos.)*—¡Casta!... *(Se abra-.)*

MARIANO. *(Que se ha estremecido, ha hecho visajes y se ha ado la mano a la garganta, como si le doliera, se acerca Casta y le dice con un gran gesto de asco.)* ¡Cochina! *(Sor-sa en todos.)*

CASTA. *(Extrañadísima.)*—¿Eh?

MARIANO. *(Como antes.)*—¡Foca!... Que eso es lo que eres una foca neurasténica.

CASTA.—¡Mariano!

AMARANTO.—¡Ay, que me lo como!...

CASTA. *(Sujetándole.)*—¡Quieto!...

PULIDO. *(A Prodosia.)*—Este ha sido el del vermut, porque está diciendo las verdades. *(Al ver que ha metido la pata da un tapaboca.)*

MARIANO. *(Riendo.)*—¡Qué risa!... *(Por Casta.)* Hay que a la tía gorda hipopotamida, con más años que la bola de bernación y haciendo dengues como la Meller en un cuplé si.

CASTA. *(Aterrada.)*—¡Dios mío!...

Mariano.—Por supuesto, que yo no la he podido ver en vida. Mi hermano, que era el imbécil más grande de la cr ción, cargó con ella, y yo, por educación, he disimulado sie pre mi antipatía; pero desde que la conocí, la tengo senta en el pírolo. ¡Qué tía burra!... *(A Amaranto.)* ¿Pero cómo posible que le guste a usted una vieja tan rombiforme?...

Casta. *(Temblando.)*—¡Ay!...

Mariano.—Tan fofa y abofellada...

Casta. *(Como antes.)*—¡Ay!...

Mariano.—¡Tan fea y tan bruta!

Casta. *(Cayendo medio desvanecida en brazos de Amara y de Valentina, que acude a ella.)*—¡Ay!...

Amaranto.—¡Casta!...

Valentina.—¡Jesús!...

Prodosia. *(Acudiendo a ella.)*—¡Mamá!

Ceferino. *(Idem.)*—Un poco de agua.

Juan. *(Acercando el vaso que contiene el suero.)*—To usté.

Valentina. *(Tomando el vaso y acercándolo a los labios Casta.)*—Bebe, Casta, bebe. *(Casta bebe un poco.)*

Prodosia. *(Dándose cuenta y quitándole el vaso.)*—¡N ¡No beba más! *(Pone el vaso en la mesa.)*

Mariano. *(Por Casta.)*—Ese desmayo es una comedia. ¿C digo una comedia? Una astracanada.

Juan.—No hagan ustedes caso de don Mariano, que es mala sangre más atravesao que ha nasío de madre. *(A M riano, en medio del asombro de todo el mundo y muy cari samente.)* ¡Buho!... Que eso es lo que es usté: un buho y murciélago sinvergüenza.

Mariano.—¡¡Juan!!

Prodosia. *(A Pulido.)*—Como se bebió el resto del vermu

Ateneo. *(También muy cariñosamente.)*—Al señor O lo que le sucede es que como no tiene educación y es un g sero como de aquí a Valfogona...

Pulido.—(¡El otro!)

Ateneo.—Pues, como vulgarmente se dice, mete la pata.

Mariano. *(Sonriendo.)*—¡Claro!

Ateneo.—Porque a mí esta señora gorda y de aspecto cáceo, me parece una tía ridícula; pero, vamos, estas co que uno piensa no son para decirlas en alta voz. Además, es la viuda de su hermano, y con lo que usted quería a hermano...

Mariano.—¿Yo?... ¡Vamos, hombre! ¡No sea usted es pido! A mí no me importaba mi hermano. A mí lo que importaba era el Pluvi-Desiderio. Y lo que yo quería era

el Pluvi funcionara para patentarlo como mío e hincharme. Porque me da mucha rabia el que esta imbécil reuna más dinero que yo, teniendo menos obligaciones. Ella no tiene más hija que esta cursi, y yo tengo tres. *(Asombro en todos.)* Sí: yo estoy casado en secreto con la Pirula, esa gitana que dió tanto que hablar.

VALENTINA.—(¡Atiza!)

MARIANO.—Pero, en fin, ya que lo del Pluvi ha fracasado, mandaré a América al idiota de Pulido, a ver si me hago cargo de la administración de todo y cargo con todo.

CASTA.—¡Canalla!

MARIANO. *(Sinceramente.)*—¡Lo soy!

ATENEO.—Lo somos.

AMARANTO.—¡Bandido!

MARIANO.—Es verdad.

JUAN.—¡Ay como te coja la llave de la caja!

ATENO.—Le voy a poner una minuta que lo voy a brear. Con lo que a mí me molestan estos castellanitos...

PRODOSIA.—¿Has oído, madre?

CASTA.—Perdóname, hija mía. Y perdóname también, amigo Pulido. Ese miserable me tenía engañada.

MARIANO.—Quien te engañaba a ti era tu marido, estúpida, que te la pegó con catorce, y esa *(Por Valentina)* fué la trece.

CASTA.—¡¡No!!

VALENTINA.—¡Miente! *(A Amaranto.)* Dígale usted que miente. Dígale usted que sabe por Geroncia...

AMARANTO. *(Por Celcina.)*—¿Pero?...

VALENTINA. *(Trágica.)* ¡Celcina!... ¡Calumnian a la madre de tu novio! ¡Hija mía!...

CELCINA. *(Arrojándose a sus brazos.)*—¡¡Madre!!...

AMARANTO.—¡Sí! ¡La calumnian! ¡Yo lo juro, Casta, y yo digo la verdad!

CELCINA.—¡Yo quiero a Amílcar! ¡Que me lo traigan!... ¡Que me lo traigan!

MARIANO. *(Cantando muy mal.)*—Con cuatro jacas castañas... *(Sigue cantando.)*

ATENEO.—¡Ole! Eso me gusta. ¡Venga vino! ¡Yo digo que soy abstemio, pero es mentira!

JUAN.—Señores, ¡qué partida de sinvergüenzas nos habemos juntao en esta casa!

MARIANO.—¡Venga vino! ¡Vengan mujeres!

ATENEO.—¡Viva la juerga!

CASTA. *(Que también se ha estremecido.)*—¡Sí! ¡Viva la juerga! ¡Viva el matrimonio!

AMARANTO, PRODOSIA y PULIDO.—¡Viva!

EVERILDA. *(Entrando por la primera puerta de la izquierda, seguida de* CASADO, EULOGIA *y* FLORA.) ¡El fraile!... ¡Ahí viene el fraile!.., *(Revuelo en todos.)*

JUAN.—¡Josú! ¡Me las paga! ¡El guantaso que le ví a da! ¡Fuera to er mundo! *(Al ver que se abre la segunda puerta de la izquierda.)* ¡Ya!

AMÍLCAR. *(Entrando en escena envuelto en un albornoz blanco.)*—¡Tengo un frío con este albornoz!

JUAN. *(Arreándole un guantazo.)*—¡Toma!

AMÍLCAR.—¡Ay!... ¡Juan Cerro!

JUAN.—¡Me colé!

VALENTINA.—¡¡Hijo!!...

CELCINA.—¡Amílcar!... ¡Dejármelo! ¡Es mío! ¡Le quiero! *(Se abrazan.)*

AMARANTO.—¡Casta de mi alma!

CASTA.—¡De hoy en ocho!...

AMARANTO *(Declamando.)*

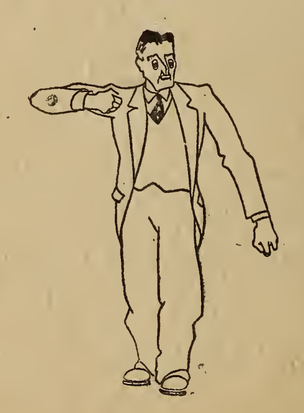
¡De hoy en ocho! ¡De hoy en ocho!
¡De hoy en ocho, Casta mía!
¡De hoy en ocho! ¡De hoy en ocho!
¡De hoy en ocho, qué alegría!

PRODOSIA. *(Abrazando a Pulido.)*—¡Pepe! ¡¡Por fin!!

MARIANO. *(Bailando y cantando.)*—Con cuatro jacas castañas.

TODOS.—¡Viva!

TELÓN



LA FARSA

PUBLICACIÓN SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Administración: RIVADENEYRA S. A.—Sección de Publicaciones.

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

NUMEROS PUBLICADOS

1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBBE, de Berr y Verneuil, traducción de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
3. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw, música del maestro Vives.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaeche, música del maestro Rosillo.
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
6. ATOCHA, de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena, adaptación escénica de una novela de Miguel de la Cuesta.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Luis Fernández de Sevilla y Anselmo C. Carreño, música de los maestros Soutullo y Vert.
10. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
11. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASO MI MADRE O LAS VELEIDADES DE ELENA, de Carlos Arniches.
13. ¡ESCAPATE CONMIGO...!, de Armont y Gerbidón, versión castellana de José Juan Cadenas y Enrique G. Gutiérrez-Roig.
14. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw, música del maestro Guerrero.
16. EL ANTICUARIO DE ANTON-MARTIN, de Antonio Paso.
17. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
18. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
19. VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
20. SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
21. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
22. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Emilio Carrère y Francisco G. Pacheco, música del maestro Pablo Luna.
23. DOÑA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina. (Número homenaje a María Guerrero.)
24. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.
25. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.
26. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.
27. ¡USTED ES ORTIZ!, de Pedro Muñoz Seca.



Rivadeneyra (S. A.) Artes Gráficas
Paseo de San Vicente, 20. Madrid.